El
Guante de Coradino

Establecimiento tipográfico de Pedro Núñez, Plaza de San Javier, 6.—Calle del Rollo, 9.

EL GUANTE DE CORADINO.

DRAMA EN CUATRO ACTOS

POR D. CÁRLOS GARCIA DONCEL

Y

D. LUIS VALLADARES Y GARRIGA.

REPRESENTADO EN EL TEATRO DE LA CRUZ.





MADRID.

EN LA IMPRENTA NACIONAL.

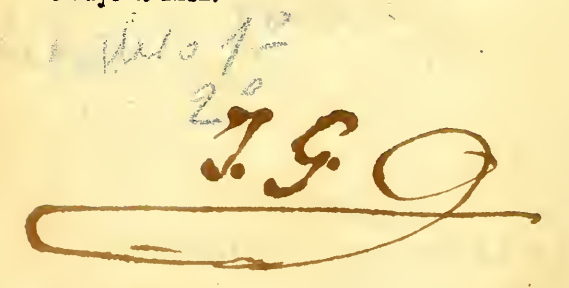
1844.

Se hallará en la librería de PEREZ, *calle de Carretas, y en la de* CUESTA, *calle Mayor.*

PERSONAS.	ACTORES.
EL REY D. PEDRO III DE ARAGON.	*D. F. Lumbreras.*
JUAN DE PRÓCIDA.	*D. C. Latorre.*
BERTA	*Doña B. Lamadrid.*
IMOGENE.	*Doña J. Perez.*
EL GOBERNADOR DE PALERMO.	*D. A. Alverá.*
EL CONDE DE LENTINI.	*D. P. Lopez.*
PALMIERO.	*D. L. Rada.*
LOREDANO.	*D. J. Fernandez.*
TANCREDO.	*D. J. García.*
GUALTIERO.	*D. C. Spantoni.*
GENARO.	*D. M. Reyes.*
SUSANA.	*Doña C. Flores.*
LANDRY.	*D. B. Flores.*
RICARDO.	*D. J. Aznar.*

CONJURADOS SICILIANOS Y SOLDADOS FRANCESES.

La escena es en Palermo y sus inmediaciones: 29 y 30 de Mayo de 1282.



A

DON ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

Sus Amigos

Los Autores.

El guante que Coradino arrojó desde el cadalso fué entregado á D. Pedro de Aragon, á quien lo dejaba como esposo de Constanza, hija de Manfredo, último vástago y heredero legítimo de la casa de Suavia. Tal vez quiso Coradino transferir de este modo á su familia el derecho al Trono y confirmar su título hereditario; pero mas probable parece que lanzó en medio de sus vasallos el gage de la venganza, advirtiéndoles así que á ellos les tocaba sacudir el odioso yugo, y lavarse de la sangre de sus Reyes, de sus amigos y de sus conciudadanos, que el frances vertia sobre sus cabezas. Alzólo en verdad el pueblo, y las Vísperas Sicilianas fueron el lento, pero terrible castigo del suplicio de Coradino, de la degollacion de Augusta y de la sangre con que los franceses inundaron las Dos Sicilias.

Sismondi. *Historia de las repúblicas italianas en la edad media.*

Los franceses trataban á los sicilianos peor que si fueran esclavos, forzando y ultrajando á sus hijas y esposas: por esta razon se ausentaron y rebelaron muchos del reino, entre los cuales se contaba un sabio é ingenioso caballero llamado Juan de Prócida, á quien le habian robado su hija y esposa.

J. VILLANI. *Historias florentinas, libro VII, cap.* 56.

ACTO PRIMERO.

Casa de Susana pobremente amueblada. A la izquierda del actor una gran chimenea: á la derecha, en primer término, una ventana; y en segundo, la puerta de entrada. En el fondo otra puerta que conduce al interior de la casa.

ESCENA I.

El CONDE *y* SUSANA.

CONDE. (*Entrando.*) Terrible aguacero!
SUSANA. Entrar
podeis, señor conde, en casa,
y mientras la lluvia pasa
calentaros al hogar.
CONDE. Muy bien, Susana; agradezco
tu amable hospitalidad.
SUSANA. Supla, señor, su humildad
el placer con que os la ofrezco.
Un pobre y mezquino espacio
os abro con fe sincera
cuando ofreceros quisiera
mi gratitud un palacio.
CONDE. (*Sentándose.*) Hoy que las regias mansiones
nuestros tiranos afrentan,
á su abrigo solo alientan
corrómpidos corazones;
y la sencilla virtud
se acoge al humilde techo

donde aun puede libre el pecho
llorar nuestra esclavitud,
y donde á la luz del dia
no ofende el incienso vil
que la adulacion servil
ofrece á la tiranía.
Aquí entre brisas serenas
libre el aire se respira,
y allí aun el aire suspira
al rumor de las cadenas.
Libre aquí mi pecho late,
y así por libre prefiero
la choza del pordiosero
á la prision del magnate.

SUSANA. Ah! y el pobre en su dolor
invoca vuestra presencia,
pues de su triste existencia
sois el amparo mayor.

CONDE. Darle alivio en tiempos tales
por justo deber me toca:
pero ay! es mi fuerza poca
para remediar sus males;
y en vano quiero enjugar
lágrimas que me destrozan;
son muchos los que se gozan
en vérselas derramar.

(*Levantándose.*)

Pero olvidemos impíos
dolores que me atormentan.

(*Acercándose á la ventana.*)

Qué dia! pocos se cuentan
en Sicilia tan sombríos.
Allí entre nieblas pesadas
Palermo apenas distinto
muestra el audaz laberinto
de sus torres encumbradas;
y estrechando el horizonte
las nubes que se desprenden,
su mole maciza tienden
sobre aquel lejano monte.

Todo es tristeza en los llanos;
parece que la hermosura
huyó con nuestra ventura
de los campos sicilianos. (*Pausa.*)
Ah! no es posible ahuyentar
la pena que al alma embiste;
la renueva el cuadro triste
que vengo de presenciar.
Dí, conoces por ventura
la familia del pastor
Roberto?

SUSANA. Y tambien, señor,
su reciente desventura.

CONDE. Sí, ya no basta al frances
que vilmente nos oprime
ver que atada al yugo gime
Sicilia bajo sus pies.
Ya en sus cadenas odiosas
la honra de la patria muere,
y ahora deshonrarnos quiere
en nuestras hijas y esposas.
Y ay del padre desdichado!
ay del infeliz esposo
que á borron tan afrentoso
se resiste denodado!
como Roberto, no alcanza
dando su sangre en tributo
mas que una muerte sin fruto
y una bárbara venganza.

(*A Susana que se manifiesta enternecida.*)

Bien puedes conmigo unir
tu llanto en desdichas tales.

SUSANA. Ah! señor! mis propios males
no me las dejan sentir.
¿Olvidais que abandonada
igual desdicha he sufrido,
y que un esposo perdido
lamento desesperada?

CONDE. Infeliz! tienes razon;
tanto las desdichas cunden
que la memoria confunden

y embotan el corazon.
Nada del pobre Gualtiero
averiguar has podido?

SUSANA. Todo mi afan vano ha sido,
y ya, señor, desespero.
Nadie á mis voces responde,
ni sé en tan horrible suerte
si una prision ó la muerte
de mis lágrimas le esconde.
Desde el momento fatal
que Imogene y yo le vimos
salir de noche, vivimos
en esta angustia mortal.

CONDE. Y de nuestros opresores
qué sospechas te movieron
á temer?...

SUSANA. Siempre ellos fueron
causa de nuestros dolores.

CONDE. Pero sin dar ocasion
que pudiera asegurarnos...

SUSANA. Cuándo para atormentarnos
falta al tirano razon?
Y si en su torpe licencia
atropella desbocado
de un esposo el lecho honrado,
de una vírgen la inocencia,
cómo de su alma alevosa
no temer golpe tan fiero,
si es tambien padre Gualtiero
y es Imogene harto hermosa?

CONDE. Cielos! posible será?
Mas qué horror no es de temer
de su tirano poder?
Imogene dónde está?

SUSANA. A consolar su quebranto
con el socorro divino,
se fué al convento vecino
que es del Espíritu Santo,
y ya de vuelta estaria
pero la lluvia que veis...

CONDE. Está bien: las dos vendreis
mañana en mi compañía.

No quiero que abandonadas
quedeis por mas tiempo aquí!
estareis cerca de mí
mas bien, y mejor guardadas.

SUSANA. Ah! señor! cómo pagaros
vuestra noble proteccion?

CONDE. Cumplo con mi obligacion
cuando procuro ampararos.

SUSANA. Y yo adoro la clemencia
del cielo, que en vos previene
un defensor á Imogene
si peligra su inocencia.
Ya que es de vos protegida
os pido que me escucheis
que no es justo que ignoreis
el secreto de su vida.

CONDE. Cómo?

SUSANA. Imogene, señor,
no es mi hija.

CONDE. Qué he escuchado?

SUSANA. El cielo siempre ha negado
fruto á nuestro tierno amor.
Cuando á Gualtiero me unió
la suerte, en su compañía
á Imogene ya tenia
que huérfana recogió.
«Es la hija de un soldado,
me dijo, de un compañero
al aborrecido acero
del frances sacrificado.
Ahorremos á su inocencia
el dolor de su horfandad;
piense de nuestra bondad
que nos debe la existencia.
Su noble y tierna desdicha
santifique nuestra union
y el cielo por esta accion
dé á nuestros hijos mas dicha.»

CONDE. Pero el nombre del soldado...

SUSANA. Nunca decirlo ha querido,
y yo que lo he conocido
su secreto he respetado.

CONDE. Tal vez el tiempo nos dé
mas luces...

(*Suena un ruido cercano de armas y voces.*)

Ese rumor...

SUSANA. Son armas!...

CONDE. Aquí?

IMOGENE. (*Dentro.*) Favor!

CONDE. (*Disponiéndose á salir.*) Yo de la duda saldré

SUSANA. (*Deteniéndole.*) Tened!... creí que sentia
pasos...

(*Llaman á la puerta.*)

Ois?... ah! no abrais.

CONDE. (*Dirigiéndose á la puerta con la espada de.
nuda y abriendo.*)

Qué es esto? Nada temais.

ESCENA II.

Dichos, IMOGENE *que entra precipitadamente, y despu*
un CABALLERO *armado.*

SUSANA. Imogene!

IMOGENE. (*Dejándose caer en sus brazos.*) Madre mia!

CONDE. (*Viendo al caballero.*)
Qué miro!

CABALLERO. (*Desde la puerta con la espada desnuda
hablando con los de afuera.*)

Chusma menguada!
bien hicisteis en correr,
que amparando á una muger
vale por mil una espada.

SUSANA. Ese hombre!...

IMOGENE. Es mi salvador;
sin su noble bizarría
hoy llorarais, madre mia,
por mi vida y por mi honor.

SUSANA. Cielos!

CONDE. Quién los atrevidos
fueron que así.....

CABALLERO. (*Envainando y acercándose.*) Tres malvados
segun el trage soldados,
pero en sus obras bandidos.
Nunca ví tales horrores:
vos que noble pareceis,
(*Al Conde.*) decidme, aquí no teneis
quien castigue á los traidores?
Aunque extrangero, no ignoro
que el duro yugo os sujeta
del frances que no respeta
ley, hacienda ni decoro
en su tirana codicia:
pero para proteger
el honor de una muger
tampoco hay aquí justicia?
Y con su victoria fieros
se olvidan vuestros tiranos
no solo de ser humanos
sino de ser caballeros?
Pues yo haré.....
(*Reportándose.*) Mas perdonad;
me ciega la indignacion
que al ver tan villana accion
es harto justa en verdad.
El cielo me ha permitido
frustar sus intentos hoy,
y yo el parabien me doy
porque de mí se ha servido.
(*A Imogene.*) Calmad vuestra agitacion
pues libre del riesgo estais.

IMOGENE. Ah señor! vos ignorais
que si aun tiemblo es con razon.
Inútil será el favor
que en vuestro amparo consigo
que al poder de mi enemigo
no alcanza vuestro valor.

CABALLERO. (*Con altivez.*) Qué decis?

SUSANA Cielos!

CONDE. Acaba,
quién eran esos soldados?

IMOGENE. Del Gobernador criados.
SUSANA. Qué escucho!
CONDE. Bien recelaba!
SUSANA. Oh Dios!
CABALLERO. Salvarla confio;
nada teneis que temer.
CONDE. Ah! que su odioso poder
es grande.
CABALLERO. (*Con calma*) Tambien el mio;
y sin él mi corazon
se atreve á empresa mas alta,
que el ánimo no me falta
y me sobra la razon.
Ella basta á protegeros.
IMOGENE. Ah! quiera el cielo ampararme,
pues temo que sin salvarme
solo lograreis perderos.
CONDE. Y yo tambien.
CABALLERO. Buen anciano;
dejad sospechas tan vanas
que deshonrais vuestras canas
con ese temor villano.
Temer á un riesgo presente
en mugeres está bien;
pero en vos...
CONDE. Debo tambien
aconsejaros prudente.
Y aunque ofende á mi opinion
voz que severa me culpa,
mi nobleza la disculpa
en gracia de la intencion.
No temo, no, por mi vida,
harto fatigada ya;
temo que inútil será
toda mi sangre vertida.
Vos, jóven y generoso,
gloria y riesgo apeteceis;
extrangero no sabeis
cuánto es un tirano odioso.
Encadenado á sus pies
yace este pueblo oprimido
temblando como vencido

la cólera del frances:
dueño omnipotente aquí....

CABALLERO. Qué me importa su arrogancia?
Todo el poder de la Francia
tiembla delante de mí.
Pero mi cólera estalla.
Desde hoy respondo de vos,
y basto yo, vive Dios!
contra toda esa canalla.
Y aunque su caudillo vil
á ultrajaros insolente
venga con toda su gente
uno á uno ó mil á mil;
juro por el Redentor,
por mi fe de caballero,
por mi nombre y por mi acero,
daros amparo y favor.
Y porque hoy su rabia puede
querer renovar su intento,
por cumplir mi juramento
permitid que aquí me quede.
(*Aparte.*) Así consigo tambien
no entrar en la ciudad.

SUSANA. Ah señor! tanta bondad.

CONDE. Basta Susana. (*Al Caballero.*) Está bien.
Vuestra oferta generosa
yo en su nombre admitir quiero;
déla hoy socorro este acero,
en él su virtud reposa;
que en mi palacio mañana
sabré calmar sus recelos
si me ayuda de los cielos
la proteccion soberana.
Partamos entre los dos
gloria y riesgo de esta empresa.

CABALLERO. Complaceros me interesa:
y pues aquí quedais vos,
permitid que hasta el convento
donde mi escudero está
me llegue, y le traiga acá.
Vuestro soy; vuelvo al momento.

CONDE. Oid antes.

CABALLERO. Qué quereis ?
CONDE. Vuestra generosa accion
os ganó mi estimacion
que sin duda mereceis:
y aunque se ve que sois hombre
de nobleza y calidad,
quisiera nuestra amistad
nos dijerais vuestro nombre.
SUSANA. Sí, para que á toda hora
nuestro labio le bendiga.
CABALLERO. Mi nombre!... un voto me obliga
á callarlo por ahora.
Pero es como el mismo sol
y muy pronto lo sabreis:
hoy solo me llamareis
el Caballero español. (*Saluda y váse.*)

ESCENA III.

El CONDE, SUSANA, IMOGENE.

SUSANA. Estraño misterio!
CONDE. Cierto;
y á no hablar en favor de él
tan nobles hechos, temiera....
IMOGENE. Ah señor! podeis creer
en quien mi honor ha salvado
oculto engaño?
CONDE. Tal vez;
ese empeño en ocultar
su nombre...
IMOGENE. Y no deja ver
harto claro su valor?
cómo recelar podeis?
Ah no! si le hubiérais visto
acudirme á socorrer
cuando cerca del convento
me acometieron los tres,
no pudiérais sospechar
bajos intentos en él.
Poco importa que su nombre

oculte, cuando tan bien
en su valor y nobleza
descubre el alma de un Rey.

CONDE. Con mucho calor le abonas.

IMOGENE. Es justicia agradecer.

CONDE. Acaso tienes razon:
acostumbrado á temer,
en tiempos en que dominan
la perfidia y el doblez
desconfiar es prudente,
pero puede injusto ser.

IMOGENE. Y ahora lo sois, señor Conde.

CONDE. Quiera Dios!

IMOGENE. No lo dudeis.

CONDE. Mas por si acaso.... (*Ruido dentro.*) Quién entra?

(*Preséntase en la puerta de la derecha un peregrino quedándose parado.*

ESCENA IV.

Dichos y el PEREGRINO.

PEREGRINO. (*Aparte.*) Aquí está, no me engañé.

CONDE. Qué buscais aquí buen hombre?

PEREGRINO. (*Aparte.*) Conviene á mi plan no ser
conocido, hasta que sepa
si puedo contar con él.
(*Alto.*) Señor.....

CONDE. Qué quéreis? hablad:
que os turba? no respondeis?

PEREGRINO. Perdonad: mi turbacion
justa y disculpable es.
Pobre errante peregrino
contra el temporal crüel
en casa del pobre busco
un asilo; pero al ver
la ocupa tan noble huésped
como vos lo pareceis,
dudo si deba implorarlo
ó retirarme otra vez;

que en tan breve espacio juntos
pueden llegarse á ofender
de mi humildad vuestro orgullo,
ó yo de vuestra altivez.

CONDE. Estraño venis por cierto,
y cómo esplicar no sé
veros antes tan confuso
y tan osado despues:
pero ofenderme no quiero;
con eso os enseñaré,
que hay nobles que nobles son
porque lo merecen ser.
Entrad, buen hombre, y sentaos,
dispuesto el hogar teneis:
pero os lo advierto, medid
las palabras otra vez.

PEREGRINO. (*Entrando.*) Perdonad, noble señor,
si es que injusto os agravié;
pero en vano quiere el pecho
encerrar toda la hiel
que del corazon herido
se derrama, y fuerza es
que ya en los labios se note
su amargo dejo tambien.
Tres meses há que recorro
la Sicilia como veis:
á las puertas del magnate
piedad y asilo imploré;
pero ó mi voz se ahogaba
entre el confuso babel
de estrepitosas orgías,
ó si se llegó á entender
su quejido lastimero
sirvió de aumentar tambien
la vergonzosa algazara
de su torpe embriaguez.
Los mas de allí me lanzaban
con mil insultos despues,
los menos y mas piadosos
arrojándome á la tez
lo que un lebrel favorito
dejado habia á sus pies,

« toma, mendigo, decian,
« y remédiate con él. »
Mirad, pues, si con razon
debo al hallaros temer
siendo noble como ellos,
que como ellos obrareis.

CONDE. Y no librais á ninguno
de esa acusacion?

PEREGRINO. No á fe:
ninguno he visto hasta ahora
que lo sepa merecer.

CONDE. Que sois, en vuestras palabras,
extrangero bien se ve.

PEREGRINO. Os engañais á fe mia,
Sicilia me vió nacer.

CONDE. Entonces injusto os creo
y no engañado.

PEREGRINO. Por qué?

CONDE. Porque si sois de esta tierra
sin duda debeis saber
que gime esclava y vencida
bajo el acero francés;
que no en todos los palacios
á cuyas puertas se ven
blazones esclarecidos,
honra de Sicilia y prez,
habitan sus nobles dueños,
sino el vencedor cruel.
Aquellas ilustres señas
de su vencido poder
ha dejado por descuido,
si por escarnio no es.
Esto si sois siciliano
saber debierais.

PEREGRINO. Lo sé.

CONDE. Y por ventura, decidme,
no ha sido en ellas tal vez
donde oyeron vuestras quejas
con inhumano desden?
De proceder tan tirano,
buen hombre, no os asombreis,
porque la Sicilia toda

como vos á llamar fué
á sus puertas cada dia,
pidiendo su honra, su bien,
su libertad y su gloria;
y como vos responder
escuchó á sus tristes ayes
con risa y mofa cruel;
y para humillarla mas,
luego como á vos tambien
la arrojaron á la cara
con insolente altivez
los pedazos de su honor
hacinados á sus pies.

IMOGENE. Cielos! se pierde.

SUSANA. Señor.....

PEREGRINO. *(Acercándose al Conde y estrechándole la mano con el mayor regocijo.)*

Conde de Lentini, bien!

CONDE. Qué es esto?

PEREGRINO. Así os quiero yo.

CONDE. Cómo mi nombre sabeis?
Quién sois?

PEREGRINO. Diez años sin duda
en contínuo padecer
mudaron á vuestros ojos
mis facciones; mas tambien,
diez años há que no os veo,
Conde, y mi memoria fiel
os ha conocido al punto;
y esto consiste á mi ver
en que el proscripto recuerda
mejor que el que no lo es,
las memorias de una patria
que no existe para él.

CONDE. Proscripto vos!

PEREGRINO. Sí, buen Conde,
Y ahora, no me conoceis?

CONDE. Esa voz.... pero imposible.

PEREGRINO. Oísteis la última vez
mi acento, el dia terrible
en que el tirano frances

para arrancar la corona
de un tierno niño á la sien,
mandó al hacha del verdugo
que la fuese á traer;
y la inocente cabeza
cayó rodando á mis pies,
con la aureola de mártir,
sin la corona de Rey.

CONDE. Cielos! sereis vos....

PEREGRINO. (*Bajo.*) Silencio!
no estamos solos; haced
que se retiren.

CONDE. Susana.....

SUSANA. Entiendo: Imógene, ven.

(*Se van por el fondo.*)

ESCENA V.

Perecida

CONDE *y el* PEREGRINO.

CONDE. Será verdad lo que mis ojos miran,
y el gozo sin igual me enajena?
Prócida! (*Abrazándole.*)

PEREGRINO. Si, en tus brazos mi silencio
mas que en palabras el placer te expresa.

CONDE. Deja que absorto de la mente borre
de tu muerte fatal la triste nueva.
Será posible, cielos! sí, no hay duda;
su semblante, su voz, su amarga pena,
el odio con que mira á los tiranos,
que Prócida aun existe me revelan.

PRÓCIDA. Existe, sí; pero ulcerado el pecho
con la amargura que do quier contempla;
viendo á Sicilia que en dolientes ayes
dirige al cielo sus sentidas quejas,
sin que ninguno en tan horrible suerte
el yugo infame á quebrantar se atreva.
Vive; pero animado á la venganza

que es el único fin de su existencia,
en tanto que los nobles de Sicilia
duermen entre el oprobio y la vergüenza.

CONDE. No duermen, no; que yacen oprimidos
bajo el peso fatal de la cadena,
mirando con horror cómo el tirano
en su hermosura y horfandad se ceba.
Todos cual yo sepultan en su pecho
el rencoroso afan que los alienta,
y en la justicia de su Dios confian,
y en el momento de vengarse esperan.

PRÓCIDA. Esperar! y por qué? tanta demora
en pecho varonil es una mengua.
Harto tiempo ha quedado en el olvido
de nuestros males la primer querella,
la que condujo á mercenarios viles
á hollar el suelo de la patria nuestra.
Han podido olvidar de Coradino
la muerte horrible y criminal sentencia?
¿Cómo de aquella noche tormentosa
no les persigue la memoria horrenda?
Por todas partes sin cesar la miro,
la augusta sombra por do quier me cerca.....
Espectáculo atroz! no ves la plaza
de pueblo inmenso y de soldados llena,
de amarillez cubiertos sus semblantes
al trémulo fulgor de opacas teas?
Nápoles aterrado y confundido
el negro crímen con pavor observa:
solo turba el fatídico silencio
la hirviente lava que el Vesubio engendra.
El patíbulo allí..... cien y cien lanzas
estan al rededor, otras se acercan,
y al sonido de broncos atambores
un tierno niño hasta el cadalso llega.
La víctima va á ser..... hijo del alma!
cuando tu seno á palpitar empieza,
cuando el valor de tu preclara estirpe
el fuego de tus ojos manifiesta!
no le ves animado su semblante
pisa el palco fatal con entereza.
Escucha..... de su madre la memoria

es el solo dogal que le atormenta.
Un guante arroja al consternado pueblo,
todos se apartan de la augusta prenda.....
yo lo recogeré; para vengarle
al Rey D. Pedro de Aragon lo deja.
Los jueces inpasibles..... el verdugo
levanta ya con la segur la diestra.....
horror! horror! un golpe ha resonado;
separada del tronco una cabeza
viene rodando al suelo; y en la charca
de la inocente sangre que aun humëa
se ciñe con estúpida alegría
el pérfido frances la Real diadema.
Oh! venganza! venganza! si diez años
borrar pudieron la sangrienta huella,
la servidumbre vil en que vivimos
el fuego de los ánimos encienda.
Nuestra causa es de Dios..... muera el tirano
que á Dios ofende en nuestra propia ofensa:
la copa del enojo está colmada
y el rayo de sus iras centella.

Conde. Calma, calma tu aliento enardecido
y ese entusiasmo por piedad refrena.

Prócida. Al recordar tan fúnebre memoria
en ira hierven mis cansadas venas,
y mal puedo aplacar la mente osada
que se desborda delirante y ciega.
Ah! no comprendes el veneno horrible
que en este pecho sin cesar fermenta:
veneno abrasador que hace diez años
en todas partes su ponsoña deja.

Conde. Ay! el celoso ardor que te arrebata
á inevitable perdicion te lleva.
Yo tambien como tú dentro del pecho
la llaga del rencor mantengo abierta,
y el vengativo fuego que me anima
lo se contrarestar con la prudencia.
Ausente de Sicilia largos años
ignoras el peligro que nos cerca;
una palabra un gesto inoportuno
á morir nos conduce.

Prócida. Y me recuerdas

lo que há tres meses con paciencia miro?
desolacion y luto por do quiera?
en su fortuna y su poder fiado
el bárbaro frances nada respeta:
para saciar su criminal capricho
la muerte le acompaña y la licencia.
Ya no le basta en su furor insano
ver á Sicilia encadenada y yerta,
sin entusiasmo la vejez cansada,
la juventud sin la esperanza bella.
Suyas son nuestras fértiles campiñas,
con nuestra sangre propia se alimenta,
torpe baldon en nuestro rostro imprime,
yace á sus pies la virginal pureza!
y nosotros hambrientos, deshonrados,
sin poner á su antojo resistencia,
le vemos en sus lúbricos festines
mofarse del dolor que nos aqueja.
Por qué vivir así? mil y mil veces
la muerte es preferible á tanta afrenta.

CONDE. Si escuchara Sicilia tus palabras,
si como yo tu anhelo comprendiera,
el odiado frances sucumbiria
en noble lucha y desigual pelea
Pero la desunion...

PRÓCIDA. Hace tres meses
que gozoso he llegado á estas riberas,
y en el trage que ves he recorrido
todos los pueblos que Sicilia encierra.
En ellos ha dejado mi entusiasmo
de su llama voraz una centella,
y mil brazos y mil estan dispuestos
á secundar mi comenzada empresa.

CONDE. Qué escucho! oculta trama....

PRÓCIDA. No, ninguna!
un pueblo no conspira, se despierta;
y al levantar su prepotente brazo
humilla del tirano la soberbia.

CONDE. Pero su noble arrojo no es bastante;
quién armará su brazo á la defensa?

PRÓCIDA. Armados estan ya.

CONDE. Será posible!

Prócida. Y con el Conde de Lentini cuentan.
Conde. Sí, vive Dios! de mis primeros años
siento hervir en mi pecho la impaciencia.
Mas dime por piedad, cómo has podido
llevar á cabo tan sublime idea?
proscripto, sin haber....
Prócida. Dios me ha guiado
por esta de dolor áspera senda.
Tres veces á Bizancio he recorrido
á los pies arrojándome del César,
haciéndole mirar que hasta su trono
subir pretende la ambicion francesa:
el pesado letargo ha sacudido
y ha puesto entre mis manos sus riquezas.
Luego mi ardiente saña me ha lanzado
á buscar en las playas de Valencia
al digno sucesor de nuestros Reyes
para ofrecerle la corona excelsa.
Yo he visto su ardimiento en los combates
arrollando las huestes agarenas,
siempre temido su invencible acero,
siempre acatada su sin par nobleza.
Cuando escuchó del triste Coradino
el trágico suceso, y la miseria
que el vencedor infame ha derramado
en esta su heredad, tendió la diestra
sobre la cruz de su temible espada
jurando á nuestro auxilio disponerla.
Ya el instante llegó: su altivo enojo
á la venganza desplegó las velas,
y de Aragon los indomables hijos
surcan del mar las olas turbulentas.
Conde. Y no será un baldon que á extraña gente
debamos libertad é independencia?
Alcémonos primero; ya mi alma
en entusiasmo y júbilo se anega.
Prócida. Asi te quiero yo. Truene en Palermo
el primer grito de implacable guerra,
y no demos descanso á nuestro brazo
hasta acabar la expiacion sangrienta.
No hay tiempo que perder.
Conde. En mi palacio

reuniré mis vasallos con cautela
mañana mismo: tu inflamado acento
despertará su adormecida fuerza,
y dado el primer grito.....

PRÓCIDA. En un instante
Sicilia toda á combatir se apresta,
y de traidora sangre en ancho lago
lava la mancha que en su frente lleva.

CONDE. Sigilo es necesario.

PRÓCIDA. Y confianza.
El que tiene el poder nada sospecha:
seguro será el golpe.

CONDE. Corro al punto
á convocar mi gente, sin que adviertan
cuál pueda ser la causa.

PRÓCIDA. Yo entre tanto
iré sembrando la discordia fiera
por todo este recinto.... ya la noche
se muestra favorable á nuestra empresa.
No reveles á nadie que me has visto;
mi muerte, si preguntan, salió cierta.

CONDE. Sé lo que debo hacer.

PRÓCIDA. *(Abrazándole.)* Dame los brazos.
La conmocion mis labios encadena.

CONDE. Amigo hasta la muerte.

PRÓCIDA. Bien lo creo.
(Estrechándole la mano.)
A Dios Lentini.

CONDE. A Dios!

PRÓCIDA. Valor!

CONDE. Prudencia! *(Váse.)*

ESCENA VI.

PRÓCIDA.

Cumpliéronse por fin mis esperanzas!
Ya tras tanto anhelar, mi mente inquieta
cercano mira el formidable instante
que en diez años de afan buscó sedienta.

Vencemos, sí; que importa que atrevidos
los que abrigando corazon de hiena
opongan su furor á nuestro arrojo,
su gran poder á la justicia eterna?
Dios lo quiere! bendijo nuestra causa
armando nuestro brazo á la contienda.
El nos condujo á tan horrible suerte
porque mas grande la venganza fuera:
él nos impele con su justo enojo,
él nuestros pechos de entusiasmo llena.
Opóngase el frances, luche en buen hora!
qué vale del mortal toda la fuerza
si al revolver de sus tremendos ojos
los encumbrados montes titubean?
Y tú que desde el alto firmamento
mi voz escuchas, y mi ardor sustentas.....
Coradino! tu nombre no pronuncio
sin evocar tu sombra lastimera.
Venganza! la tendrás..... será terrible!
por cada gota de tu sangre excelsa
arroyos correrán de la que impía
segó en la flor tu juvenil grandeza.
Ni tregua ni perdon, solo la muerte
alcanzará la criminal ralea.....
Sangre! pide tu cuello enrojecido
con la señal de la segur funesta.....
sangre! claman los fuertes campeones
que en Benevento con valor cayeran.
Su acento sepulcral hiere mi oido,
sus lívidos espectros me rodean,
las descarnadas frentes levantando
ceñidas de la fúnebre verbena.
Dejadme ya, fatídicas visiones.....
dejadme sosegar..... mi frente queman.....
qué vértigo infernal.... sangre! Dios mio!
un cadalso!.... el frances!.... horrible idea!

(Cae desplomado en un asiento: pausa.)

Mas cómo el pavor se anida
en mi corazon de bronce?
nuestra es la victoria, nuestra!
afuera vanos temores,

que en almas como la mia
ei miedo vil no se esconde.

SUSANA. (*Dentro.*) Asesinos!

PRÓCIDA. Qué he escuchado!

SUSANA. (*Dentro,*) Soltad, villanos!

PRÓCIDA. Que voces...
no es ilusion.... aquí mismo...

(*Corre á la puerta del fondo, y antes de llegar se abre violentamente, saliendo Susana en la mayor consternacion.*)

ESCENA VII.

PRÓCIDA *y* SUSANA.

SUSANA. (*Saliendo.*) Socorrednos, señor Conde!
Cielos! se ausentó... infelice!
bien meditaron el golpe.

(*Se deja caer aterrada en una banqueta.*)

PRÓCIDA. Qué ha sucedido?

SUSANA. Mi hija....

PRÓCIDA. Hablad.

SUSANA. (*Levantándose y haciendo ademan de marcharse.*)
Dejadme, traidores!

PRÓCIDA. Qué quereis hacer?

SUSANA Seguirlos.

PRÓCIDA Esplicaos.

SUSANA. El tiempo corre...
mas ya es inútil, Dios mio!
en las garras de esos hombres
va perdido mi tesoro,
mi vida, mis ilusiones.
No habrá justicia en los cielos
si mis lamentos desoyen.

PRÓCIDA. (*Sacando un puñal.*)

Si tal: que en vuestro socorro
mi diestra armada dispone.
Os han robado una hija,

comprendo vuestro dolores.
Quiénes los villanos fueron?
por dónde entraron, por dónde?

SUSANA. Por la ventana atrevidos.....

PRÓCIDA. Propia entrada de ladrones.

SUSANA. Un pañizuelo me ataron
á la boca, y un estoque
al pecho me dirigieron
para que ahogara mis voces.
A Palermo la conducen,
deshonrarla se proponen.....
Salvadla!

PRÓCIDA. Es mi obligacion!
Aunque el infierno lo estorbe
la arrancarán, vive Cristo!
de sus manos mis furores.

SUSANA. Aun alcanzarlos podemos.

PRÓCIDA. Vamos.

(Los dos se disponen á salir, y antes de llegar á la puerta aparecen Ricardo y cuatro soldados.)

RICARDO. *(Señalando á Prócida.)* Prended á ese hombre.

ESCENA VIII.

Dichos; RICARDO *y soldados.*

SUSANA. Qué escucho!

PRÓCIDA. *(Aparte.)* Estoy perdido! *(Alto.)* Atrás, villanos!
ó temblad mi furor; esclavos viles
no han de poner en mi las torpes manos.

SOLDADOS. Muera!

RICARDO. Qué haceis? tened! su vida importa
para saber su nombre y con qué intento
con mentido disfraz al pueblo exhorta,
y en provocarle á rebelion se afana.
Daos á prision: la resistencia es vana.

PRÓCIDA. Quién, vive Dios! se atreverá?...

RICARDO. Quién puede.
Y basta ya; que todo en esta tierra
á nuestra voluntad temblando cede.

PRÓCIDA. No cede, no! quien en el pecho encierra

un firme corazon, un noble aliento,
libre respira hasta el postrer momento.
Quien vive como yo no muere esclavo.
Al tirano decid que el hierro agudo
dispuesto para él libre me clavo.

(Va á herirse al mismo tiempo que aparece el caballero español. Prócida dá un grito de sorpresa y arroja el puñal.)

(*Aparte.*) Ah! qué miro!

CABALLERO. (*Bajo á Prócida con disimulo.*)

Silencio!

RICARDO. A las prisiones
de la torre llevadle.

PRÓCIDA. O Providencia!
sin murmurar me entrego á mi destino;
pues ya otro brazo y tu poder divino
cumplirán de tu enojo la sentencia.

(*A los soldados.*)

Temblad vosotros que de sangre y luto
cubris el suelo de la patria mia.
De la venganza el anhelado fruto
cercano miro ya: próximo el dia
en que libre y feliz su llanto enjuto,
se alce á despecho del frances encono
de Coradino el usurpado Trono.

(*Vase con Ricardo y los soldados.*)

ESCENA IX.

El CABALLERO *y* SUSANA.

CABALLERO. (*En cuanto han desaparecido.*)

Oh! sí, yo le alzaré: con firme pecho
sabré al pueblo y al Trono dar venganza
ayudado de Dios y mi derecho.

SUSANA. Y quién dará á mi hija una esperanza?
quién vengará la afrenta que le han hecho?

CABALLERO. Yo! que ofrecí salvarla del tirano,
y un noble aragonés no jura en vano!

ACTO SEGUNDO.

Salon cerrado en el palacio del Gobernador. Dos puertas al fondo. A la izquierda una puertecita, y á la derecha enfrente de esta un retablo de madera labrada que oculta una puerta secreta: en segundo término á este mismo lado un balcon. Sillones y taburetes. Es de noche.

ESCENA I.

LANDRY *y* RICARDO.

(*Al levantarse el telon se oye el final de una cancion báquica y ruido de vasos y botellas. Landry está de pie al lado de la puerta de la izquierda. Ricardo entra por la que está en el fondo á este mismo lado, que es la entrada general.*)

LANDRY. Alto allá, quién es?
RICARDO. Ricardo.
LANDRY. Tiende esa mano á Landry.
RICARDO. Qué diablos haces aquí?
LANDRY. Hace dos horas que aguardo.
Estuve de comision.....
RICARDO. A robar alguna chica?
LANDRY. Como tu presencia indica
que hay hombre nuevo en prision.
Fácil es adivinar
porque el oficio es patente.
RICARDO. Preso trajo á un delincuente
y le acabo de encerrar.
LANDRY Hubo resistencia?

RICARDO. No.
Le traje como un cordero.
LANDRY. Y quién es?
RICARDO. Un forastero,
peregrino..... qué se yo.
LANDRY. Mas negra ha sido mi suerte
porque dos asaltos dí,
y al primero me temí
encontrarme con la muerte.
Burlada fué mi destreza
por un noble aventurero
que si un poco mas le espero
me rebana la cabeza.
Pero con astucia al fin
tendí la red preparada,
y hubo pesca regalada.
RICARDO. Y qué es ello?
LANDRY. Un serafin.
Guardando estoy el tesoro
y espero al Gobernador.
RICARDO. Vamos, en cuanto al amor
Micer Juan es algo moro.
Y aquí para entre los dos,
voy empezando á temer
que esta vida de placer
tendrá mal fin, vive Dios!
porque si llega á oliscar
el Rey tan buenos oficios.....
LANDRY. Premiará nuestros servicios.
RICARDO. Sí, mandándonos ahorcar.
LANDRY. Deja tan necios temores;
porque en la ausencia del Rey
en Sicilia no hay mas ley
que el placer de los señores
Y bien grande á la verdad
tiene en la corte prestigio
Micer Juan de San Remigio
que hoy gobierna esta ciudad.
Como nuevo en el pais
esta vida te sorprende,
pero bien pronto se aprende
y honrarás la flor de lis.

Esta tierra es el Edem
con su vino y sus mugeres;
aquí se nada en placeres,
todo es nuestro á mal ó á bien.
Eso de justo é injusto
en la tierra conquistada
es una verdad soñada,
cada cual obra á su gusto;
y al que quiere, como tú,
atajar nuestro contento
se le despacha al momento
á contarlo á Belcebú.

(*Se oyen gritos y brindis del festin y ruido como que se levantan.*)

Ya la cena tuvo fin
y vienen si no me engaño.

RICARDO. Se podrá vivir un año
con los restos del festin.

LANDRY. Silencio! á la obligacion,
y ya sabes lo que he dicho:
goza y vive á tu capricho;
pero en lo demas chiton.

(*Abrese de par en par la puerta derecha del foro y sale un page con luces que coloca encima de la mesa. Le siguen el Gobernador, caballeros y damas.*)

ESCENA II.

Dichos, el GOBERNADOR, *caballeros y damas.*

TODOS. (*Al salir.*) Al jardin.

GOBERNAD. Sí, que la frente
ardiendo está, vive Dios!
y necesita orearse,
para acabar el licor.
Que lleven allá las copas.

CABALL. 1.º Famosa resolucion!

OTRO. Viva la algazara!

TODOS. Viva!

GOBERNAD. Viva el vino y el amor!
No ha de acabar el festin
hasta que amanezca el sol.
Apuremos de Sicilia
el encanto seductor
ya que el cielo á nuestro yugo
sometida la dejó.

TODOS. Vamos al jardin.

GOBERNAD. Marchemos.
(*Reparando en Landry.*)
Ah, Landry!

LANDRY. (*Acercándose.*) La comision....

GOBERNAD. Silencio! (*A los demas.*) Marchad amigos,
que luego á seguiros voy.

(*Vánse todos por la puerta izquierda del foro, menos el Gobernador, Ricardo y Landry. En cuanto han desaparecido dice el Cobernador á este último.*)

Me has cumplido la promesa?

LANDRY. Como acostumbro, señor.
Aunque no poco trabajo
este robo me costó.
Por un milagro lo cuento.

GOBERNAD. Te ofrezco buen galardon.
Adónde está?

LANDRY. (*Señalando la puerta de la izquierda.*) En ese cuarto.

GOBERNAD. Y la digiste quién soy?

LANDRY. No tal; pero lo sospecha
y maldice del raptor.

GOBERNAD. Poco importa! Y tú, Ricardo,
hiciste aquella prision?

RICARDO. Encerrado está en la torre.

GOBERNAD. Y su nombre reveló?

RICARDO. A mi ver solo el tormento
vencerá su obstinacion.
Nada sacar he podido....

CABALLERO ESPAÑOL. (*Dentro.*) Dónde está el Gobernador?

GOBERNAD. Qué voces?...

LANDRY. (*Mirando por la puerta de entrada.*)
Un hombre armado....

CABALLERO. (*Dentro.*) Pues entraré, vive Dios?

ESCENA III.

Dichos y el CABALLERO.

GOBERNAD. Quién penetra hasta aquí osado?
CABALLERO. (*Entrando.*) Yo.
GOBERNAD. Quién sois vos?
CABALLERO. No lo veis?
Un hombre.
GOBERNAD. Asi respondeis ?
CABALLERO. Asi me habeis preguntado.
GOBERNAD. Mal puedo ocultar mi saña
si me provocais.
CABALLERO. No á fé.
Vengo á pediros...
GOBERNAD. El qué?
CABALLERO .Justicia.
GOBERNAD. A mí ?
CABALLERO. Qué os estraña ?
Yo pienso que en vos la ley
amparo debe encontrar.
GOBERNAD. Tambien debiérais pensar
que aquí represento al Rey.
Por eso me maravilla
pidais justicia altanero
armado el pecho de acero
y sin doblar la rodilla.
CABALLERO. De vuestro orgullo me espanto !
Pero os diré á lo segundo
que no hay Monarca en el mundo
que pueda obligarme á tanto.
Y si de acero vestido
vengo á implorarla , es porque
tengo en vos muy poca fe
y soy yo muy precavido.
GOBERNAD. (*Enojado.*) Qué osais decir ?
CABALLERO. (*Con ironía.*) La malicia
adelanta , sin razon,
que no es vuestra inclinacion
el hacer siempre justicia.

Por eso me pareció
venir á pedirla armado,
pues si la negais osado,
podré tomármela yo.

GOBERNAD. Juro á Dios que he de dejar
vuestra opinion verdadera,
y que sin que otros quiera
á palos os mande echar.
Hola, Ricardo!

CABALLERO. (*Acercándose.*) Mas quedo,
ó tan bajo proceder
llegará á hacerme creer.....

GOBERNAD. El qué?

CABALLERO. Que me teneis miedo.

GOBERNAD. Miedo yo?

CABALLERO. Y es evidente;
pues solo vengo á buscaros,
mientras vos para vengaros
quereis llamar vuestra gente.
Ved si esto indica temor
cuando estais acompañado.

GOBERNAD. (*Aparte.*) Por Dios que me ha sonrojado!
(*A los otros.*) Dejadme solo.

RICARDO. Señor.....

GOBERNAD. (*Con impaciencia.*)
Salid digo.

(*Vànse Ricardo y Landry.*)

ESCENA IV.

GOBERNADOR *y* CABALLERO.

GOBERNAD. Y vos que así
con tan extraña insolencia
abusais de mi paciencia,
quién sois?

CABALLERO. Nada importa aquí
saberlo.

GOBERNAD. Si importa, pues
en ello empeñado estoy.

CABALLERO. Será en vano porque soy
español y aragonés.
GOBERNAD. (*Con ironía.*) Y noble ?
CABALLERO. Qué ! lo dudais ?
GOBERNAD. La razon es harto clara.
Siempre un noble da la cara,
y vos el nombre callais.
CABALLERO. Yo sé el vuestro que altanero
ostentais en ese escudo,
y con todo tambien dudo
si sois noble y caballero :
que al traves de esos blasones
con que os cubris orgulloso
viendo estoy un vergonzoso
semillero de traiciones.
Sí, que es ley de la nobleza
honrar siempre á la hermosura,
y vos honor y ventura
arrancais á la belleza.
Y á quien la ley que le abona
con tal descaro ultrajó,
con razon le niego yo
los timbres de que blasona.
Oir verdad tan severa,
noble frances, os extraña;
pero los nobles de España
pensamos de esta manera.
GOBERNAD. Esos insultos desprecio,
pues quien me viene á ofender
en medio de mi poder
es mas que imprudente, necio ;
y así refrenad la lengua
ó temed mi indignacion.
CABALLERO. Me dan risa y compasion
tanto orgullo y tanta mengua.
GOBERNAD. Insolente !
CABALLERO. Eh ! basta ya !
Una jóven desdichada
por vos ha sido robada,
y esa jóven aquí está.
GOBERNAD. (*Burlándose.*) Venis á salvarla?
CABALLERO. Sí.

GOBERNAD. Grande es vuestra presuncion,
CABALLERO. Cumplo con mi obligacion
y con lo que prometí.
GOBERNAD. Mucho ofrecimiento es.
CABALLERO. Resuelto á cumplirlo estoy.
GOBERNAD. Mirad !....
CABALLERO. Ya os dije que soy
español y aragonés.
GOBERNAD. Tanto os importa la bella ?
Ved que yo no he de ceder.
CABALLERO. Pues mirad como ha de ser,
que yo he de salir con ella.
GOBERNAD. Eso á vos toca no á mí.
CABALLERO. Que no cedereis ?
GOBERNAD. Quimera.
CABALLERO. (*Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.*)
Pues será de esta manera.
GOBERNAD. (*Poniéndose delante de la puerta.*)
Qué haceis? Tened !
CABALLERO. (*Aparte y deteniéndose.*) Está allí !
GOBERNAD. Duda ya vuestra osadia ?
CABALLERO. No dudo, y mostrarlo quiero.
GOBERNAD. (*Empuñando.*) Y bien, probadlo !
CABALLERO. (*Con desprecio.*) Mi acero.
contra vos ! mengua seria !
GOBERNAD. (*Desenvainando.*) Infame !

(*En el mismo instante que este va á sacar la espada, el Caballero se lanza sobre él y le sujeta la mano apretándosela contra la empuñadura.*)

CABALLERO. Tened la espada,
ó por Dios, hombre villano,
que os he de dejar la mano
á la guarnicion clavada.
GOBERNAD. (*Luchando por desasirse.*) Soltad.
CABALLERO. No ! mi brazo es
bastante en tales traiciones,
para romper sus prisiones
y haceros polvo á mis pies.

(*Sin soltar al Gobernador fuerza con la otra mano la puerta habriéndola con violencia.*)

IMOGENE. (*Dentro.*) Socorro!

CABALLERO. Aquí mi valor
en vuestro amparo se lanza.

GOBERNAD. (*Luchando por desasirse.*)
Oh rabia!

IMOGENE. (*Saliendo.*) Piedad!

GOBERNAD. (*Desaciéndose y acometiendo al Caballero.*)
Venganza!

CABALLERO. (*Tirando de la espada.*)
Sí, sí; venganza! (*Riñen.*)

RICARDO. (*Saliendo con Landry y varios soldados.*)
Al traidor!

ESCENA V.

Dichos, IMOGENE, RICARDO, LANDRY *y soldados.*

SOLDADOS. (*Acometiendo.*) Muera!

GOBERNAD. (*Deteniéndolos.*) Tema mi despecho
quien le arranque de mis manos.

CABALLERO. (*Lanzándose en medio de ellos.*)
Venid, no os temo, villanos,
cara á cara pecho á pecho.

SOLDADOS. Muera, muera!

IMOGENE. No será
sin que antes perezca yo.

GOBERNAD. Apartad.

CABALLERO. Dejadme.

IMOGENE. No!
Heridme, qué aguardais ya?
Por qué confusos las puntas
bajais del traidor acero?
Alzadlas, yo las espero
sin temor y todas juntas.

Hierro que con vil traicion
á un noble contrario daña,
tendrá tambien por hazaña
traspasarme el corazon.
Llegad, no os detenga el miedo
del brazo que me da amparo,
pues aunque me cueste caro
yo mi defensa le vedo.

CABALLERO. Señora!

IMOGENE. Inútil seria
tan generoso valor!
de mi destino el rigor
sin salvarme os perderia.

CABALLERO. Y bien, si no lo consigo
por vuestro honor moriré.

IMOGENE. Mi honor yo le salvaré,
que es mio y está conmigo.
A él, tirano, en vano quiere
atentar vuestro poder;
seguro está en la muger
que á su vida le prefiere.
Yo por su precio estimado
sabré darla con valor.
(*Al Caballero.*) Guardad la vuestra, señor,
con la mia está pagado.

CABALLERO. No será!...

IMOGENE. (*Bajo al Caballero.*) Ved que si anhelo
salvarla es porque adivino
que para un alto destino
la guarda sin duda el cielo.

CABALLERO. (*Idem.*) Ah! qué me osais recordar!

(*Queda pensativo.*)

IMOGENE. (*Al Gobernador.*) Ahora, pues ya no os ofende
ni contra vos me defiende
podeis dejarle marchar;
que yo en vuestras manos quedo
para mostraros así
que no me causan á mí
vuestras amenazas miedo;
porque tengo el corazon
contra intentos criminales

abierto á vuestros puñales,
cerrado á vuestra pasion.

GOBERNAD. Habeis acabado ya?

IMOGENE. Nada tengo que añadir
si libre le dejais ir.

GOBERNAD. Eso luego se verá.
Yo perdono fácilmente
injurias de una belleza,
mas no sufre mi nobleza
agravios de un insolente.

CABALLERO. A mí!...

GOBERNAD. Prestadme átencion.
Libre sois en elegir.
O aquí lidiando morir;
ó en la torre una prision.

CABALLERO. (*Con interés.*) En la torre?

GOBERNAD. De otro modo
no saldreis de este palacio.

CABALLERO. (*Aparte adelantándose al proscenio.*)
Vamos, fortuna, despacio
y no lo perdamos todo.

GOBERNAD. Dudais?

CABALLERO. (*Cogiendo á Imogene del brazo y llevándola á un lado.*)
No; pero dejad
que hablemos antes los dos.

GOBERNAD. (*Queriendo impedirla.*)
Qué haceis!...

CABALLERO. No estais aquí vos?

GOBERNAD. Y bien, sea, despachad.

CABALLERO. (*Bajo á Imogene.*) Estais resuelta á impedir
el socorro de mi acero?

IMOGENE. Sí, perdonad, caballero.
Yo sola debo morir.

CABALLERO No será!

IMOGENE. Esperanza vana
cuando peligra mi honor.

CABALLERO. (*Con misterio.*) Fingid al tirano amor
y aguardad hasta mañana.

IMOGENE. Qué oigo!

CABALLERO. Con un solo dia
que entretengais su esperanza,
yo sobré daros venganza
de su infame tiranía.
IMOGENE. Os aguarda una prision,
lo olvidais?
CABALLERO. Podeis creer
que yo me deje prender
por miedo y sin intencion?
IMOGENE. (*Con ansiedad.*) Esplicadme...!
CABALLERO. No es ahora
lugar ni tiempo oportuno:
dadme sin temor ninguno
vuestra palabra, señora.
IMOGENE. Sin esperanza os la doy.
CABALLERO. Ahora Dios y mi poder
sabrán lo restante hacer.
(*Al Gobernador.*) Vuestro prisionero soy.
GOBERNAD. Mi rabia está satisfecha.
(*A los soldados.*) Tomadle la espada.
CABALLERO. Atrás!
GOBERNAD. Pues qué, no la entregarás?
CABALLERO. Sí, pero pedazos hecha. (*La rompe y la arroja.*)
GOBERNAD. Qué has hecho!
CABALLERO. Altivo francés,
cuando vió tu loca saña
aceros que templa España
sino rotos á tus pies?
GOBERNAD. Llevadle, que su arrogancia
dome una oscura prision.
CABALLERO. (*Con desprecio.*) Tampoco mi corazon,
francés, se ha templado en Francia.

(*Vase con los soldados.*)

IMOGENE. Cielos!
GOBERNAD. (*Acercándose á Imogene.*)
La muerte, ó mi amor!
Yo á la prision voy ahora;
pensad en tanto, señora,
lo que os conviene mejor.

(*Se va por el mismo lado cerrando la puerta con llave.*)

ESCENA VI.

IMOGENE *sola.*

Bárbaro, aun esperas
que el temor me hiele!
piensas que un instante
vacile ni tiemble?
Tu amor!.... no, primero
mil veces la muerte.
La muerte, sí, venga;
ya oculta se muestre,
ya siegue terrible
mi cuello inocente,
ya en lenta agonía
de tormentos, pese
sobre el pecho, y ruda
su fibras apriete
hasta que el postrero
de mis ayes cuente!
Venga aun mas horrible
como tu alma aleve
tu instinto de hiena
inventarla pueden.
Venga! y si los cielos
mi súplica atienden,
con mi sangre hinchado
crecerá el torrente
que el suelo fecundo
de Italia enrojece;
y ay de los tiranos
si á su impulso leve
el profundo cauce
se desborda, y vierte
sobre sus cabezas
la sangre inocente. (*Pausa.*)
Pero no, Dios mio,
la venganza mueve

mi labio perdona;
bien sé que te ofende.
(*Se arrodilla delante del retablo.*)
Vírgen soberana,
mi virtud protege;
tú, de la pureza
sol resplandeciente:
madre, madre tierna,
tu cariño vele
sobre mí, (*Llorando.*) la mia
salvarme no puede!

(*Deja caer la cabeza entre las manos y al mismo tiempo se abre el retablo por medio apareciendo una muger enlutada cubierta con un velo.*)

ESCENA VII.

IMOGENE *y* BERTA.

IMOGENE. (*Aterrada.*) Cielos! qué miro?
BERTA. (*Con imperio y á media voz.*) Silencio!

(Se *dirige á la puerta del fondo y se pone á escuchar, mientras Imogene la sigue con la vista sin atreverse á mover.*)

IMOGENE. (*Aparte.*) Con nuevos temores lucho,
y helado terror se alberga
en mi pecho moribundo.
Es sombra que finge acaso
el pensamiento confuso,
ó aterradora fantasma
precursor de mi infortunio?
BERTA. (*Parada á la puerta.*) Ya del festin han cesado
los cánticos disolutos,
y torpe cansancio rinde
al licencioso tumulto.
Nadie viene! allá á lo léjos

percibo sordo el murmullo,
y al rededor de este cuarto
reina silencio profundo.
Ya la venganza á mi vista
presenta el brazo robusto,
y el cielo marca la hora
de que se llene un sepulcro.

IMOGENE. Mayor zozobra me agita
con ese lenguaje rudo.
Muger, fantasma ó demonio
que has tomado humano bulto
para venir á aumentar
las dudas en que fluctúo,
quién eres? á quién diriges
ese rencor furibundo
que pronuncia airado el labio
y dicta el pecho sañudo?
De dónde evocada vienes
por infernales conjuros,
y á dónde vas arrastrada
por vengativos impulsos?

BERTA. Sí, la venganza me anima
porque con afan la busco;
pero espantosa, terrible,
cual fué tambien él insulto.
Diez años há que la espero
cubierta de negro luto
doblando mi altiva frente
al cautiverio mas duro,
pero cual sierpe dañina
acechando á mis verdugos
pronta á verter el veneno
en su corazon impuro.
Diez años há que mis odios
con mis lágrimas fecundo,
y ya en mi pecho fermenta
de furòres un diluvio.
Tú nada temas.

IMOGENE. Dios mio!

BERTA. Depon infeliz el susto,
que mas que los hombres pueden
los celestiales influjos,

y ya amenazan las víctimas
al tirano con su yugo.

IMOGENE. Venis á favorecerme?

BERTA. Sí, tu salvacion procuro,
que aunque este palacio guarda
la liviandad y el orgullo,
hay un alma compasiva
encerrada entre sus muros.
La juventud, la inocencia
que en tu semblante descubro,
flor de original encanto
que combate cierzo inmundo,
me mueven á consolarte
dando á tus penas refugio,
á tu dolor esperanza,
y á tu esclavitud recurso.

IMOGENE. Será verdad, Dios eterno!
(*A Berta.*) Ah! perdonadme si dudo,
que en situacion tan horrible,
me acobardo y atribulo;
pero así que á vuestra mano
Llega mi labio convulso,
dulce esperanza me anima
y mis lágrimas enjugo.
Sacadme de este palacio.

BERTA. Si favoreces mi triunfo.

IMOGENE. Qué puedo hacer, infelice?

BERTA. En este momento mucho.

IMOGENE. Hablad; ya sobre mi vida
teneis dominio absoluto,
y estoy dispuesta á seguiros
cuando me marqueis el rumbo.

BERTA. Valor requiere la empresa.

IMOGENE. Que no me falte presumo.

BERTA. Gran ardimiento.

IMOGENE. Decid.

BERTA. (*Dándola un puñal.*) Toma: este puñal agudo,
mejor que mi labio esplica
lo que pretendo.

IMOGENE. (*Horrorizada.*) Qué escucho?

BERTA. Cuando el tirano á tus plantas
venga á rendir el tributo

de sus mentidos halagos,
de sus ruegos importunos,
con ese puñal te libras
y con él vengas á muchos.

IMOGENE. Yo asesinarle, Dios mio!
que yo sirva de verdugo!
que en sangre mis manos tiña
para renacer al mundo
llevando siempre en mi pecho
el remordimiento adusto!
dejadme si no teneis
para librarme otro efugio.
Con un crímen, imposible!

BERTA. Nunca es crímen lo que es justo;
venganza pide Sicilia
con semblante taciturno,
venganza ese noble jóven
cuya perdicion te anuncio,
y venganza en fin tu padre
desde un calabozo oscuro.

IMOGENE. Qué decís? vive?

BERTA. Sí, vive;
pero con vivir tan crudo,
que el desdichado trocara
su mansion por el sepulcro.

(*Presentándola el puñal.*)

Tú puedes salvarle.

IMOGENE. (*Luchando consigo misma.*) Cielos!
¿puede haber mas infortunio?
Si de tal modo le salvo,
mas que le salvo le injurio;
y yo su muerte confirmo
si vuestro puñal rehuso.
Morir mi padre!.... no, nunca!
dadme el hierro, ya no dudo;
en el pecho del tirano
dejará sangriento surco;
y rebozando de gozo
le veré á mis pies difunto,
y se salvará mi padre
y en sus brazos.... qué pronuncio!

manchada en sangre!... al pensarlo
de mí misma me confundo.
(*Arrodillándose.*) Tened compasion de mí,
salvadle ó matadme al punto.
Nada decis?

BERTA. Desdichada!

IMOGENE. No hay otro medio?

BERTA. Sí, hay uno.

IMOGENE. Hablad.

BERTA. Fingir es preciso
que oyes su acento con gusto,
y que su amor en tu pecho
gozo inefable produjo.
Entonces cuando ya cerca
mire de su dicha el cúmulo,
haz por tener el anillo
que el Rey en su mano puso
para regir en su ausencia
y apretar mas nuestro yugo.
Dueña yo de ese tesoro,
verás muy pronto si cumplo
la libertad de tu padre
y la venganza que busco.

IMOGENE. En buen hora, fingiré
aunque el labio mal seguro,
cubierta en dulces halagos
rencor en el pecho oculto.

BERTA. Me juras ante esa imágen
cumplir tu voto?

IMOGENE. Os lo juro.
Libre se verá mi padre.

BERTA. Silencio! se acerca alguno.

IMOGENE. Él quizá.

BERTA. Valor!

IMOGENE. Lo tengo.

BERTA. (*Marchándose por la puerta secreta.*)

Hoy al tirano destruyo,
y todo el poder de Francia
aniquilo y desmenuzo. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

IMOGENE *y el* GOBERNADOR.

Imogene. (*Aparte.*) Él es! corazon, valor!
olvida, olvida tu agravio,
no hable mas alto mi horror
en tu latiente rencor
que la mentira en mi labio.

Gobernad. Bien el aire confundido
de vuestro rostro, Imogene,
me hace, sin ser atrevido,
pensar que habeis elegido
lo que mejor os conviene.

Imogene. (*Con indignacion.*) Nunca!

Gobernad. Me engañé? haceis mal.
Pensad que en mi amor no cedo
y es mi poder sin igual.

Imogene. (*Aparte.*) Dios mio, fingir no puedo!
Oh! mejor era el puñal!

Gobernad. Vuestras miradas devoran.
Dos rayos son vuestros ojos.

Imogene. (*Aparte.*) Ojalá!

Gobernad. Sin duda ignoran
lo mucho que me enamoran
tan hechiceros enojos:
pues si me abrasan de amor
mirándome rigurosos,
es ya mi anhelo mayor
ver cómo encantan mejor
si enojados ó piadosos.
Con mi amor ó mi poder
he de lograrlo en verdad.

Imogene. Al miedo no he de ceder.

Gobernad. Y al amor?

Imogene. (*Haciendo un esfuerzo.*) Pudiera ser.

Gobernad. (*Acercándose á ella y queriendo cogerla una mano.*)
Será cierto?

IMOGENE. (*Retrocediendo horrorizada.*) No, apartad.
(*Aparte.*) Yo muero !

GOBERNAD. En vano ofendido
mostrais el labio; no alcanza
nada ese desden fingido.
Me habeis dado una esperanza.....

IMOGENE. Que perdeis por atrevido.

GOBERNAD. El amor siempre fué osado.
Eso os prueba mi pasion.

IMOGENE. Si es así lo habeis mostrado,
pues yá la vuestra ha pasado
de atrevimiento y traicion.

GOBERNAD. Cómo !

IMOGENE. (*Aparte.*) El enojo me vende.
(*Alto.*) Perdonad, mi labio acusa
á quien si mi amor pretende,
de su alto poder abusa
y en vez de rogar ofende.

GOBERNAD. Altiva sois.

IMOGENE. Cual ninguna.

GOBERNAD. Con tan baja condicion.....

IMOGENE. Qué quereis ? dió la fortuna
á unos nobleza en la cuna
y á otros en el corazon.

GOBERNAD. Me encantais de tal manera
aunque altiva y desdeñosa,
que una corona pusiera
sobre esa frente severa
sin dejar de ser hermosa.
Ah ! teneis razon, rendido
debo amaros solamente.
(*Arrodillándose.*) Y ahora os parezco atrevido?

IMOGENE. (*Con sonrisa forzada.*)
No á la verdad.

GOBERNAD. (*Aparte con alegría.*) Ya he vencido.

IMOGENE. (*Aparte.*) Ya se arrastra la serpiente.

GOBERNAD. Callais? no alcanzo piedad
cuando ruego así postrado?

IMOGENE. No soy rencorosa, alzad.

GOBERNAD. (*Levantándose y apoderándose de una mano.*)
Ah ! la vida me habeis dado.
Me amais, es cierto ?

IMOGENE. Soltad.

GOBERNAD. No, que mi pasado error
humilde el labio corrija.

IMOGENE. (*Luchando.*) Soltad! no os amo, traidor.
Yo os maldigo.

(*Aparte y con turbacion.*)

Ah! la sortija!

(*Alto y con la mayor turbacion.*)

Sí, sí, os adoro! (*Aparte.*) Qué horror!

(*Cae desvanecida en los brazos del Gobernador, que la coloca en un sillon.*)

GOBERNAD. Alentad! delirio loco.

IMOGENE. Cielos!

GOBERNAD. Quejar os escucho,
cuando á mi ventura toco!

IMOGENE. (*Reponiéndose.*) Y la estimareis en poco
porque á mí me cueste mucho?

GOBERNAD. Ah! qué decis? no hay tesoro
de amor, ni cuanta riqueza
oculta la tierra en oro,
para pagar un « te adoro »
de tan divina belleza.
Pide; mas que el Soberano
en Palermo mando ya.
Si quieres reinar, mi mano
te alza un trono que tendrá
por límite el Océano.
No hay cosa de cuanto halaga
por imposible un ensueño;
que á tus pies no satisfaga
mi firme amoroso empeño.

IMOGENE. Y bien, á muy corta paga
mi ambicion limitaré.

GOBERNAD. Pide.

IMOGENE. Un recuerdo sencillo
que asegure vuestra fe.

GOBERNAD. Cuál?

IMOGENE. En verdad.... ni aun lo sé,
Nada.... una prenda.... ese anillo.

GOBERNAD. Mi anillo!
IMOGENE. Es mucho pedir
á quien su ámor encarece
y todo un reino me ofrece?
GOBERNAD. Pero.....
IMOGENE. Vais á resistir?
Poco mi afecto os merece.
GOBERNAD. No así me acuseis de infiel.
IMOGENE. Lo negais con tal constancia....
GOBERNAD. Vos ignorais su importancia.
IMOGENE. Pues cómo?
GOBERNAD. Mirad en él
grabado el blason de Francia.
IMOGENE. Es cierto.
GOBERNAD. En señal un dia
de su poder soberano
el rey lo puso en mi mano.
IMOGENE. Perdonad, no lo sabia.
GOBERNAD. Ya veis que no negué en vano.
IMOGENE. Con todo, la autoridad
que en vos deposita el Rey
me ofrecísteis.
GOBERNAD. Es verdad.
Y esta sortija hace ley
vuestra menor voluntad.
IMOGENE. No insisto, mas con dolor;
porque se añade á mi ver
ahora que sé su valor,
al capricho de mi amor
mi vanidad de muger.
Y por solo veria mia
aquí delante de vos
un instante.....
GOBERNAD. Hay tal manía!
IMOGENE. Toda mi sangre daria.
GOBERNAD. De veras?
IMOGENE. Sábelo Dios!
GOBERNAD. Oh qué donosa locura!
IMOGENE. Pero mi afan os recrea.
GOBERNAD. No, mi amor os lo asegura.
Vos lo quereis? Bien, pues sea
nuestra reina la hermosura.

Reine esa noble ambicion
sobre Sicilia un instante
y siempre en mi corazon. (*La pone la sortija.*)

IMOGENE. (*Aparte.*) Dios mio !
GOBERNAD. Qué conmocion !
IMOGENE. Ah !
GOBERNAD. Se os inmuta el semblante.....
vuestra mano tiembla.....
IMOGENE. (*Aparte.*) Cielos !
(*Alto.*) No es nada.
GOBERNAD. Os habeis turbado !
IMOGENE. Sí, pensé haber escuchado
un rumor.....
GOBERNAD. Vanos recelos.

(*Ruido dentro de voces y carcajadas.*)

IMOGENE. Ah ! no ois? (*Aparte.*) Dios me ha salvado !
GOBERNAD. Cierto, mis huéspedes son.
Oh qué importuna algazara !
Venir en esta ocasion.....
IMOGENE. Id, si alguno aquí llegara.....
GOBERNAD. Yo prevendré su intencion.

(*Se va por la puerta del fondo que cierra al marcharse: Imogene le sigue con la vista, y en cuanto ha desaparecido corre al encuentro de Berta que sale por donde antes.*)

ESCENA IX.

IMOGENE *y* BERTA *con dos pergaminos en la mano.*

BERTA. La sortija.....
IMOGENE. Es esta ?
BERTA. Sí.

(*Se dirige á una mesa y sella los pergaminos.*)

(*Aparte.*) Librar consigo á los dos.
(*Alto.*) Puedes volvérsela, á dios.
IMOGENE. Y me abandonais así ?
BERTA. No receles ningun mal;
volveré dentro de un hora.
IMOGENE. Está bien, mas dadme ahora.....

BERTA. Qué quieres ?
IMOGENE. Vuestro puñal.
BERTA. (*Dándosele.*) Qué escucho! tendrás valor
para inmolar al tirano?
IMOGENE. No , mas le dará mi mano
mi sangre antes que mi honor.
BERTA. Antes Dios sobre el impío
para salvar tu inocencia
fulminará su sentencia.
IMOGENE. Solamente en Dios confio.
BERTA. El sabrá ampararte , sí.
Ruégale no me abandone
y mis intentos corone.
IMOGENE. Rogadle tambien por mí.

(*Berta se va por la salida secreta, é Imogene se deja caer en un sillon.*)

ACTO TERCERO.

Panteon de los Condes de Lentini. En la pared del fondo una ancha escalera de piedra que conduce á la puerta de entrada que está enfrente. Monumentos sepulcrales por varias partes. Figúrase que se extiende la galeria por ambos lados de la escena. Una lámpara colgada en la bóveda de la escalera es la única luz que alumbra el teatro.

ESCENA I.

EL CONDE, PALMIERO, TANCREDO, LOREDANO

y demas conjurados formando diferentes grupos.

CONDE.)*Paséandose pensativo.*) Esta tardanza de Prócida
me pone en terrible duda ;
quiera Dios no salgan ciertos
los temores que me angustian
y el presentimiento infausto
que agita al alma confusa.

PALMIERO. (*En un grupo.*) Nadie como yo ha sufrido
tan desastrada fortuna :
perdisteis hijos, esposas,
riquezas.... ah ! pero nunca
apurásteis de una vez
el cáliz de la amargura.
¿Quién sin temblar no recuerda
la atroz jornada de Augusta
donde su sed de matanza
sació la francesa chusma ?
Niños, mugeres, ancianos,
allí encontraron la tumba

sin que piedad alcanzaran
de la saña furibunda
que Guillermo el execrable
mostraba en su faz adusta.
Yo lo vi ! yo, á quien los Cielos
salvar quisieron sin duda
para que el negro delito
viviera en la edad futura.
Yo las infelices víctimas
vi perecer una á una,
y vi lanzar sus cabezas
á las saladas espumas.
Cada vez que este suceso
en mi mente se dibuja,
miro abierta en un instante
del mar la sima profunda,
y aparecer animadas
las cabezas insepultas.

(Prosigue hablando bajo.)

LOREDANO. *(En otro grupo.)* Sí, ya está próximo el dia
en que con resuelta furia
en mar de sangre se anegue
nuestra amarga desventura.
Ya el trono de ese tirano
por el suelo se derrumba:
mil pronósticos terribles
su fin desastroso auguran.
Del ardiente Mongibelo
en las entrañas ocultas
suenan fatídicas voces,
diz que venganza pronuncian.
Al rededor de Palermo
aves agoreras cruzan...
(Sigue hablando bajo.)

PALMIERO. *(Como acabando su narracion.)*
Y mis hijos y mi madre
no tuvieron sepultura.

TANCREDO. *(Al conde.)* El furor de la venganza
ya por sus pechos circula;
bien Loredano y Palmiero

entusiasmarlos procuran.
¿Mas qué indica esa tristeza
que vuestro semblante anubla?

CONDE. El temor y la alegría
mi corazon se disputan,
y cada instante que pasa
hace mayor esta lucha.

TANCREDO. ¿Y podeis temer acaso
que nuestra reunion descubran?
Este sagrado recinto
su atroz vigilancia burla,
y el silencio de la noche
nuestros planes no murmura.
Está el tirano coloso
dormido en lecho de pluma
sin sospechar que entre tanto
abriendo estamos su tumba.
Confianza, señor Conde.

CONDE. No es eso lo que me asusta.

TANCREDO. Pues qué terrible secreto....

CONDE. Bien dices, terrible, escucha.
Temo que un gran personage
que el alzamiento apresura
no se halle á estas horas preso,
porque es su tardanza mucha.

TANCREDO. ¿Tanto importa su presencia?

CONDE. Nuestra dicha en él se funda.

(*Prosigue hablando en voz baja.*)

PALMIERO. (*A los de su corro.*) Todos que vengar tenemos
alguna bárbara injuria.

LOREDANO. (*En el otro.*) ¿Qué importa su fuerza grande
si la nuestra sobrepuja?

TANCREDO. (*Al conde.*) Tal vez en la misma casa....

CONDE. Ya fué Genaro en su busca.

TANCREDO. (*Con entusiasmo.*) ¿Y callada habeis tenido
tan impensada ventura?
Prócida vive!

CONDE. Silencio!
Me encargó reserva suma;
no quiere que nadie sepa...

TANCREDO. Pues qué? traidores nos juzga!

CONDE. No cabe ese pensamiento
en almas como la suya.

TANCREDO. *En alta voz dirigiéndose á todos alborozado.)*
Amigos.

CONDE. (*Aparte.*) Sí, ya es preciso;
callarlo fuera locura.

TANCREDO. Prócida vive.

TODOS. ¡Es posible!

TANCREDO. Nuestra causa el cielo ayuda.

CONDE. Está en Sicilia.

TANCREDO. Aquí mismo.

PALMIERO. ¿Será verdad? Oh fortuna!

CONDE. Cuidad que importa el secreto;
si en Palermo se divulga
su venida....

PALMIERO. No temais;
será nuestra lengua muda;
¿mas cómo en este recinto
donde nadie nos escucha
quereis que reprima el pecho
la alegría que le inunda?

CONDE. Sí, amigos, Prócida vive;
el fuerte varon que nunca
inclinó la noble frente
á la extrangera coyunda.
El que en cien y cien combates
protegió siempre la augusta
magestad de nuestros Reyes,
cuya desgarrada púrpura
diez años há que la vemos
entre esa canalla inmunda.
Viene á quebrantar osado
los hierros que nos abruman,
si su noble atrevimiento
nuestro valor le secunda.

PALMIERO. ¿Y quién habrá tan cobarde
que al llamamiento no acuda?
Con su presencia revive
nuestra esperanza difunta,
y nada hay ya que temer
de esa advenediza turba.

Ya sobre la triste patria
dichosa estrella relumbra
que un porvenir halagüeño
con su resplandor anuncia.

Tancredo. (*Como escuchando.*) Él viene.... por esas bóvedas
cercanos pasos retumban.

Palmiero. No hay dudar.

Conde. (*Aparte.*) Quiéralo el cielo!

(*Pónense todos á escuchar, y se abre la puerta apareciendo* Genaro *en el mayor desconcierto.*)

Todos. Genaro!

Conde. (*Aparte.*) Suerte iracunda!

ESCENA II.

Dichos y GENARO.

Genaro. Señor!

Conde. (*A los demas.*) Escuchad.

Loredano. (*Turbado.*) Qué es esto?

Genaro. A la garganta se anuda
mi lengua.

Conde. Qué ha sucedido?
¿Por qué tu mano convulsa?

Genaro. No comprendeis?

Conde. No le hallaste?

Genaro. Le prendieron.

Conde. Tú te burlas.

Loredano. Será verdad? cielo santo!
Penas á penas se adunan.

Genaro. A la torre le han traido
con infames ligaduras....

Tancredo. (*A los demas.*) Ya todo lo ha descubierto
el frances.....

Palmiero. Y eso te apura?

Tancredo. Ya nuestro esfuerzo es inútil
contra sierpe tan astuta.
Parece que en nuestro daño
el infierno se conjura.

LOREDANO. Todo se ha perdído, todo!
no hay esperanza ninguna!

PALMIERO. Cómo no? viven los cielos!
aun la victoria es segura;
arránquele nuestro brazo
de la prision que le oculta.

CONDE. Sí por Dios, ó con la muerte
acabe nuestra amargura.
Desechad esos temores
que vuestro pecho atríbulan,
y escuchad el fuerte grito
de la venganza sañuda.
Quién al mirar que lidiamos
por una causa tan justa
no despertará en su pecho
la adormecída brabura?
Sus! á lidiar.

TODOS. Sí, lidiemos!

CONDE. (*Desenvainando.*) Sobre esta espada desnuda
juremos morir osados.
ó alcanzar nuestra fortuna.

TODOS, (*Estendiendo las manos.*)
Lo juramos.

CONDE. Ahora el cielo
nos proteja ó nos confunda.
Marchemos.

(*Al dirigirse todos al fondo se abre la puerta y aparece Prócida.*)

Pero qué miro?
Prócida es!

TODOS. Oh ventura!

ESCENA III.

Dichos y PRÓCIDA.

PRÓCIDA. *(Abrazándolos.)*
Venid, venid á mí; que vuestros brazos
mi atribulado espíritu embalsamen;
al respirar en medio de vosotros
mis ojos vierten lágrimas de un padre.
CONDE. Oh gozo sin igual!
PRÓCIDA. Al fin, Dios mio,
el premio diste á mi virtud constante,
y señalas el término dichoso
en que van á cesar nuestros afanes.
CONDE. Quién te sacó de la prision oscura?
PRÓCIDA. Es de Dios un misterio impenetrable.
CONDE. Qué dices?
PRÓCIDA. Escuchad. A poco tiempo
de estar sumido en la profunda cárcel,
de tenebrosa soledad cercado
donde todo en silencio envuelto yace,
fatídico rumor hiere mi oido,
y una vez y otra vez siento llamarme.
Redoblo la atencion, fijo la vista
en las herradas puertas, y animarse
miro una sombra que hácia mí se acerca
mientras mi pecho conturbado late.
Se llega mas y mas; observo y callo:
cubre su cuerpo funeral ropaje,
hondo gemido de su pecho exhala,
y acerbo llanto de sus ojos parte.
Ah! no fuera capaz el mismo infierno
de domeñar mi aliento incontrastable;
mas era una muger, y su amargura
heló en mis venas mi ferviente sangre.
Quién eres? la pregunto; y silenciosa
mi mano estrecha y á mis pies se abate,
con un quejido horrible y lastimero,
que por las altas bóvedas se esparce.
La vuelvo á preguntar, nada responde,

y á seguirla me fuerza en el instante,
llevándome confuso á otra mazmorra
donde un guerrero á mi presencia sale.
Arrójase á mis brazos, levantando
la visera que cubre su semblante,
y entre duda y temor mis ojos miran
del Rey aragonés la viva imágen.

CONDE. Será posible?

PRÓCIDA. Sí, «Corre, me dice,
á concitar las iras populares;
ya es tiempo, vive Dios, que del tirano
la ensangrentada púrpura desgarren.
Dentro de breves horas, á Palermo
abordarán mis prepontes háces,
y airadas acudiendo á mi socorro
de aquí me sacarán libre y triunfante.
Si en vuestros pechos la venganza hierve
de tan dura opresion, de tanto ultraje,
no querais que el valor de mis guerreros
el merecido lauro os arrebate.
Sus! corred á la lid.»

CONDE. Sí, nuestro brazo
vibre primero el hierro fulminante:
del entusiasmo la encendida llama
arde en los pechos y en las venas arde!
¿quién duda ya que el cielo nos protege?
¿quién pone en duda la victoria?

TODOS. Nadie!

PRÓCIDA. Con qué placer resuena en mis oidos
vuestro airado clamor! Sí, ya renace
de la vil servidumbre nuestra patria,
y á brillar vuelve su esplendor radiante,
mientras el trono del frances aleve
á nuestro impulso desquiciado cae,
como el erguido cedro que se troncha
del huracan al tormentoso embate.

CONDE. La hora es preciso señalar.

PRÓCIDA. Mañana.

CONDE. Sí, mañana ha de ser.

BERTA. *(Que ha aparecido pocos momentos antes, quedándose parada en lo alto de la escalera.)*
Mañana es tarde!

ESCENA IV.

Dichos y BERTA.

CONDE. Quién aquí se atrevió...?
BERTA. La qué su pecho
en rencoroso ardor siente inflamarse,
y al escuchar de la venganza el grito
gozosa viene á reclamar su parte.
PRÓCIDA. ¿Eres acaso tú la que há un momento
de la dura prision logró sacarme?
Sí, no me engaño; por piedad revela
el misterio que encubre tu lenguaje.
BERTA. A revelarlo voy, aunque mi acento,
de oprobioso baldon mi frente bañe.
CONDE. Oh qué sospecha en mi interior se agita!
Quién eres? di.
BERTA. (*Descubriéndose.*) Me conoceis? Miradme.
CONDE. Cielos! no me engañé. Muger aleve,
¿con nosotros pretendes igualarte?
¿quieres turbar con tus mentidas quejas
el eternal reposo de mis padres!
Huye pronto de aquí; yo te abomino
y nada escucho de tu labio infame.
PRÓCIDA. Esplícame por Dios....
CONDE. ¿Saber pretendes
quién es esta muger? No lo demandes:
mi voz rehusa pronunciar el nombre
de su conducta atroz, abominable.
Quizá ella misma nos vendió al tirano
instrumento fatal de inicuos planes,
y alegre viene con fingido intento
en nuestra amarga pena á recrearse.
PRÓCIDA. Mas qué horrible misterio...?
CONDE. Es vergonzoso.
BERTA. Mi lengua lo dirá.
CONDE. Tu lengua calle.
¿Qué puede revelar que yo no sepa?
Inútil es que de engañarnos trate.
Tu misma palidez, tu desconcierto
de tu crímen nos dan claras señales,

(*Con ironía.*) Esta muger que veis desconsolada
esta que el fingimiento usa ahora en balde,
es la víbora astuta que al tirano
rendido tiene en torpe vasallaje.

TODOS. Qué horror!

CONDE. Ya ves la compasion que inspiras;
álejate, infeliz, y no profanes
la sagrada mansion donde tan solo
la voz de la virtud puede elevarse.
Huye ó mi acero sellará tu labio.

BERTA. Heridme si quereis, pero escuchadme.
La causa no sabeis de mi deshonra:
él me arrancó del pie de los altares
donde lloraba con amargo duelo
la ausencia de una hija y de un amante.

PRÓCIDA. (*Que ha estado todo este tiempo observándola y dando muestras de grande inquietud.*)
Cielos! será ilusion...? pero imposible...
Berta!

BERTA. (*Queriendo arrojarse en sus brazos.*)
La misma soy.

PRÓCIDA. (*Rechazándola.*) Aparta, infame!

BERTA. Ah! tú me escucharás.

PRÓCIDA. Sí; pero teme...
(*Reportándose y volviéndose á los demas.*)
un momento, por Dios, solo dejadme.

(*Todos se retiran desapareciendo por distintos lados: el Conde, Genaro y otros varios por la puerta del fondo.*)

ESCENA V.

BERTA y PRÓCIDA.

PRÓCIDA. Viéndote estoy y de mis ojos dudo;
oigo tu voz, pero tu voz me asombra;
y tu ademan, tu acento, tus facciones
grabadas hondamente en mi memoria,
cuyo dulce recuerdo me alentaba
de mi destierro en la afliccion penosa,

presentes tengo y con medroso pasmo
é inesplicable horror contemplo ahora.
¿Qué hay en tu voz, en tu ademan sombrio,
en ese luto, en tus acciones todas
qué hay, que asi hiela el corazon de espanto?

BERTA. La indeleble señal de mi deshonra;
el fuego del rencor que reprimido
en vez de llanto por mis ojos brota:
la voz de la venganza que en mi pecho
hace diez años que retumba sorda,
cuyo inflamado aliento en mis palabras
su amarga hiel destila gota á gota.
Preguntas qué hay en mí?... ¿no lo revela
de los tuyos la voz acusadora?
¿su espanto al verme entrar en este sitio?
¿su mirada insultante y desdeñosa?
para ellos ¿qué soy yo? torpe instrumento
de los tiranos que á mi patria agobian;
muger infame y vil, prostituida
á su halago y caricias horrorosas;
con sus sangrientos crímenes manchada,
vendida al oro, á la virtud traidora,
que sin rubor la maldicion de un pueblo
y el peso de sus crímenes soporta!
Bien dicen, sí; de mi rencor guiada
piso del mal la senda tenebrosa;
mas ni sus odios ni el castigo eterno
si logro mi venganza, qué me importan?

PRÓCIDA. Calla! de horror el alma estremecida
permanece á tu voz muda y absorta;
el hondo abismo de tu mal contemplo
y tu ignominia y tu baldon me asombran.
¿Con qué es cierto, gran Dios! tú, que me diste
de venturoso amor tranquilas horas,
de cuyo lado me arrancó el destino,
á quien pensaba dar nombre de esposa,
la madre de mi hija....

BERTA. Oh Dios!

PRÓCIDA. Insulta
del infeliz proscripto la memoria,
y la jurada fe con mis verdugos
huella en union sacrílega, espantosa.

Berta. Union horrible, sí! de sus tormentos
los del infierno son pálida sombra.
Sin verter una lágrima mis ojos,
sin que un ay se desprenda de mi boca,
en tan atroz suplicio vi diez años
lentamente pasar hora tras hora.
Y si el tiempo en su curso retrocede
y á mis martirios el furor redobla,
otra vez á sufrirlos me condeno
ocultando mi pena y mis congojas
hasta que luzca el anhelado dia
que mi venganza espera silenciosa,
ó hasta que henchidas del dolor que encierran
las venas de mi pecho estallen rotas.

Prócida. Muger incomprensible! si al tirano
tanto aborreces y tu afrenta lloras,
¿por qué arrastrar diez años tu cadena,
por qué sobrevivir á tu deshonra?

Berta. Morir! no, no: cuando me vi arrancada
del santo asilo en que esperaba ansiosa
el término feliz de tu destierro,
de nuestra union la dilatada aurora;
cuando me vi luchando entre sus brazos
sin fuerzas ya, desesperada y sola,
entonces, sí, la muerte era mi anhelo,
mi único amparo, mi esperanza toda;
pero bien pronto resonó en mi pecho
de mi agravio la voz atronadora,
y me gritó que sin vengar su afrenta
los muertos en sus tumbas no reposan.
Oh, cuántas veces amagué á su vida
con hierro agudo ó con mortal ponzoña;
pero otras tantas de mi mano helada
cayó el puñal y se vertió la copa,
escuchando una voz que me decia:
« Poca sangre sus venas atesoran,
« no basta, no, para lavar tu afrenta,
« y es necesario que á torrentes corra.
« La justicia del cielo está cercana,
« sufre y espera y tu dolor devora,
« y cuando brille el temeroso dia
« de la venganza popular, y rompa

« el humillado pueblo sus cadenas,
« al grito vengador acude pronta.
« Tu mano entonces verterá segura
« del caudillo frances la sangre odiosa:
« en ella tinta, al pueblo enfurecido
« lanza despues el arma destructora,
« y en verla herir por su robusto brazo,
« y en el estrago universal te goza."
Así esta voz de mis acciones dueña,
resonando inflexible y rencorosa,
á sufrir y esperar me ha condenado,
y á esperar y sufrir mis fuerzas dobla.

Prócida. Y ya cercano el formidable instante
de la desolacion te anuncia ahora?

Berta. Oh! sí, la oigo tronar, y al escucharla
de infernal gozo el corazon rebosa.

Prócida. Tambien el mio palpitante, inquieto
siente acercarse la tremenda hora;
pero tranquila la conciencia, el brazo
pronto á lidiar en lucha generosa.
Si tambien como tú sufro y espero,
nunca el oprobio mancilló mi gloria.
Dios nos condujo por contrarias sendas
á un mismo fin, ministros de su cólera,
y pues nos junta en la comun venganza,
juntos debemos completar su obra:
mas si tu brazo á su justicia sirve,
crímen fué el aceptar tanta deshonra,
y aunque solo maldigo á tus tiranos
mi voz no puede bendecirte ahora.

Berta. (*Con dolorosa resignacion.*)

Ni me atrevo á implorar tus bendiciones,
ni al abrazar mi suerte ignominiosa
esperé hallar perdon sobre la tierra
ni en el cielo tal vez misericordia.
Mas oye, tiembla y los ocultos juicios
de Dios admira, reverente adora:
si á tan baja abyeccion me ha condenado,
si alzó de mi su diestra poderosa,
y si al tirano encadenó mi suerte,
fué para hallarme á sus designios pronta.

El por mi mano de salvar acaba
de nuestro antiguo amor la prenda hermosa:
Imogene infeliz....

PRÓCIDA. Cielos! mi hija!
¡ en dónde en dónde está?

BERTA. Mano traidora
logró arrancarla del humilde asilo
donde vivió ignorada y venturosa,
y la entregó al francés.....

PRÓCIDA. Oh Dios! qué escucho!

BERTA. Solo la esclavitud que me desdora,
y en la que oculto mi rencor espia
cuantos proyectos el tirano forma,
pudo librar de sus feroces garras
su víctima inocente y candorosa.
Mi crímen fué de su inocencia escudo,
mira si puedes bendecirme ahora.
(*Cayendo de rodillas.*)

PRÓCIDA. (*Con solemnidad.*)

Señor que has hecho el corazon de un padre
de tu divino amor excelsa copia,
piedad de la infeliz que ante mis plantas
de mi ternura paternal la invoca.
La muger criminal es madre tierna;
salva mi hija y tu perdon implora.....
Oh, levanta, levanta, por mi labio
Dios que es padre tambien, Dios te perdona.

BERTA. Ah! ya puedo morir.

PRÓCIDA. Hija del alma!
¿ y de ese mónstruo la impudencia loca
se atrevió su candor....? Oh! cuánto anhelo
verla abrazarla.... Oh Dios! cuando me oiga
revelarla el misterio de su cuna,
decirla soy tu padre.....

BERTA. No lo ignora.

PRÓCIDA. Cómo! ya sabe?....

BERTA. Todo, y muy en breve
tan dulce nombre te dará dichosa.

PRÓCIDA. Donde?

BERTA. Aquí mismo.

PRÓCIDA. Aquí?

BERTA. Pronto Gualtiero
libre ya, como tú, de la mazmorra
vendrá á poner el bien que tanto anhelas
de tu amor paternal bajo la sombra.
PRÓCIDA. ¿Qué mayor dicha puede haber?
VOZ DENTRO. Venganza!
BERTA. Cielos?
PRÓCIDA. ¿Qué voz me la recuerda ahora?
(*Llamando.*) Palmiero, amigos!

ESCENA VI.

Dichos, PALMIERO, LOREDANO, TANCREDO. *Conjurados*; *despues el* CONDE, GUALTIERO *y otros conjurados.*

PALMIERO. (*Saliendo.*) Prócida!
PRÓCIDA. Esas voces!...
PALMIERO. Como á tí me sorprenden y me asombran.
Si algun traidor....

(*El conde, Genaro y otros conjurados aparecen en lo alto de la escalera, sosteniendo á Gualtiero que viene herido mortalmente.*)

CONDE. Venganza sicilianos!
Como si tanta sangre no bastara,
soberbios nos arrojan á la cara
otra víctima mas nuestros tiranos.
TODOS. Qué horror!
BERTA. Gualtiero!
PRÓCIDA. Oh! Dios, habla, Imogene....
BERTA. Mi hija! por piedad....
GUALTIERO. (*Con voz moribunda.*) Me la arrancaron....
con la vida tambien.... roto mi acero....
herido... ay Dios!.. por muerto me dejaron...
y arrastrando hasta aquí... cielos! yo muero!

(*Espira todos dan un grito de horror.*)

TODOS. Oh!

(Berta se apoya vacilante en uno de los sepulcros; Prócida permanece inmóvil sumido en el mayor estupor.— Momentos de silencio.)

CONDE. *(Acercándose.)* Prócida!
PRÓCIDA. *(Casi delirante.)* Apartad!... quién sois vosotros?
qué me quereis?... si de la patria en nombre
mi enojo concitais á la venganza,
no puedo, no... mi corazon herido
con tan bárbaro golpe desfallece;
no hay patria para mí, no hay esperanza.
Con ella mi valor me han arrancado,
perdí mi fe con su inocencia pura,
solo quedan á un padre desdichado
ojos con que llorar su desventura.
CONDE. Modera por piedad tu desvarío,
no enerve tu valor tu amarga pena.
PRÓCIDA. Quién se atreve á culpar el llanto mio
y á verterlo en silencio me condena?
Vosotros! que decis: «manten tu brio
« lo que baste á romper nuestra cadena
« y mas que luego á tu dolor sucumbas?»
Pues bien! tranquilo estoy....

(Con voz sombría mirando al rededor).

¡Como esas tumbas!
CONDE. No nos acuse así tu lengua ingrata;
librando al pueblo que en tu aliento fia,
venga á tu hija y de salvarla trata.
PROCIDA. Salvarla!
BERTA. Sí, aun es tiempo todavía,
mas si un punto tu esfuerzo lo dilata,
si retardais el golpe un solo dia,
ay, inútil será la resistencia,
y tiemblo por su vida y su inocencia.

PRÓCIDA. *(Animándose.)*

Oh! si; tienes razon. Pronto una espada!
de mi dolor estéril me sonrojo.
En la víctima triste, abandonada
de sus verdugos al liviano antojo,

la imágen de Sicilia esclavizada,
contemple ardiendo en irà vuestro arrojo.
A salvarla ó morir todos corramos;
no hay tiempo que perder.

Conde. Sí, vamos!

Todos. Vamos!

(*Se oye muy lejano el toque de vísperas.*)

Prócida. (*Otra voz delirante.*)

Ah, silencio! esperad.... esa campana....
tal vez no será tiempo.... la he perdido!
doblando estan por ella!

Conde. Ilusion vana.
Las vísperas celebra el bronce herido,
y á los libres anuncia, que mañana
de cien generaciones bendecido,
rompe su tumba el que en amor fecundo
murió en la cruz por libertar el mundo.

Prócida. Gloriosa como él, como él triunfante
la libertad reviva en nuestro suelo:
en su fe el corazon siempre constante
su nombre invoque en ardoroso anhelo.
Caiga á sus pies el déspota arrogante,
y al rasgarse en el templo el santo velo,
alumbre el sol de la divina gloria
de los libres la espléndida victoria.
Palermo todo al templo habrá acudido:
que nuestra voz en su recinto truene,
guerra al tirano, diga, y repetido
el grito salvador los aires llene.
¿Quién entonces del pueblo enfurecido
la desatada cólera contiene?
Vereis al niño, al jóven y al anciano
responder á una voz, *guerra al tirano*!
Herid, esterminad, llegó su hora.
Corra la sangre vil del extrangero;
no ceda el alma á compasion traidora,
ni se rinda al cansancio vuestro acero;
y pues la afrenta ve que nos desdora
admire la venganza el mundo entero.
Venganza piden las rasgadas leyes,

y la sangre infeliz de nuestros Reyes.
Nadie en la lucha permanezca ocioso.

(Al conde.) *(A Loredano.)*

Tú conmigo vendrás.—Tú al puerto corre.
(A Tancredo.) Tú del pueblo el designio generoso
firme alimenta y su valor socorre.
(A Palmiero.) Tú las puertas sorprende cauteloso.

(A otro.) *(A otro.)*

Tú tomarás la plaza.—Tú la torre.
Yo donde el riesgo mas temible sea
y mas cruda se encienda la pelea.

BERTA. Yo de Imogene al gran peligro acudo
volviendo del tirano á la morada.
Mi crímen otra vez será su escudo
hasta que llegue en su favor tu espada.
Si de la noche en el silencio mudo
puedo á tu gente dar secreta entrada,
señal será de que logré mi intento
de una antorcha el fulgor amarillento.

PRÓCIDA. Si no mi acero me abrirá camino.

A los conjurados.

Y ahora pues á lidiar nos preparamos;
que cumpla cada cual con su destino,
y en la noble contienda que empeñamos
se muestre rayo del poder divino.
¿Lo jurais asi todos?

TODOS. Lo juramos.

PRÓCIDA. Si tanta saña el corazon encierra,
venganza y libertad.

TODOS. *(Levantando las espadas.)* Venganza y guerra!

ACTO CUARTO.

La decoracion del acto segundo.

ESCENA I.

El GOBERNADOR *y* LANDRY.

GOBERNAD. *(Paseándose agitado.)*
Que una muger de mí se haya burlado!
que encerraran tal dolo sus palabras,
y el fingido candor de su semblante
mi duro corazon encadenara!
Necio de mí!
LANDRY. Calmad vuestro despecho.
GOBERNAD. En iracundo ardor hierve mi alma
y no podrán efímeras razones
el fuego contener que me arrebata.
Mas ¿cómo se valió, cómo aquí mismo,
sin moverse, Landry, de aquesta sala,
ha podido librar?... mas me confundo
cuando lo pienso mas.—Me ahoga la rabia!
Que tiemble mi furor... dime, ¿y el hombre
que Ricardo ha prendido esta mañana?...
LANDRY. Ha logrado escaparse.
GOBERNAD. Vive el cielo!
sin que su oculto nombre revelara
ni el criminal intento que encubria.
Y Gualtiero?
LANDRY. Murió por ampararla.
GOBERNAD. Y ella?

LANDRY. En la torre está.

GOBERNAD. Bien : con la vida
pagará, vive Dios, audacia tanta,
ya que se empeña en mantener oculta
de su traicion la misteriosa trama.
Inflexible he de ser : aunque sus ojos
con llanto de dolor bañen mis plantas,
aunque rendida con amante ruego
me demande piedad, he de inmolarla;
que la imagen fatal de su belleza
solo me inspira ya sed de venganza.
Ve al punto á su prision....
(Ruido dentro.)
Mas que rumores?...

LANDRY. *(Dirigiéndose al fondo.)*
Ricardo que corriendo hácia esta estancia...
(Entran Ricardo y varios oficiales.)

ESCENA II.

Dichos, RICARDO *y oficiales.*

RICARDO. Señor, señor!

GOBERNAD. Qué es esto? ¿quién se atreve
de mi reposo á perturbar la calma?
(Dirigiéndose á Ricardo.)
Hallaste al criminal?

RICARDO. Señor!...

GOBERNAD. Responde.

RICARDO. Todas nuestras pesquisas fueron vanas.

GOBERNAD. Y osaste aparecer á mi presencia?

RICARDO. A ello me impele poderosa causa.

GOBERNAD. Tu extraña agitacion de que procede?
que vienes á decir? por Cristo, habla,
y no con tu silencio profundices
de mi furor la ponzoñosa llaga.

RICARDO. Hay conmocion en la ciudad; las calles
de grande muchedumbre estan pobladas,
y en todos los semblantes se revela

de un próximo alzamiento la esperanza.

GOBERNAD. ¡Qué osas decir, villano! el torpe miedo
que del cobarde pecho se derrama
te obliga hablar así. Quién osaria
grito rebelde alzar contra la Francia,
mientras Palermo el peso de mi mano
callado sufre y reverente acata!
Esa que has visto muchedumbre inmensa
donde siniestras miras encontrabas,
es mi pueblo sumiso que ahora viene
á celebrar las fiestas de la Pascua.

RICARDO. No lo creais, señor? al acercarme
en busca de aquel hombre hácia la playa
aparecer he visto con asombro
de naves enemigas una armada.
En Palermo va á entrar; vi sus banderas
donde se ostentan de Aragon las barras,
y el placentero júbilo que al verlas
el populacho vil manifestaba.
Todo induce á creer que en este instante
alguna horrible sedicion se trama.

GOBERNAD. Pues bien; si esto es verdad, tiemble Palermo.
que ya mi furia reprimida estalla,
y del verdugo la feroz cuchilla
disipará la sedicion tramada
(*A Ricardo.*) El preso aragones que está en la torre
conduce á mi presencia sin tardanza.

(*Váse* Ricardo.)

(*A Landry.*) Tú donde está la pérfida Imogene
y en aqueste balcon la vista clava,
á la menor señal que en él descubras
sepúltala el puñal en la garganta.
Nada de compasion; parte y no olvides
que tu vas á morir si ella se salva.

(*Vase Landry.*)

(*A los otros.*) Vosotros á lidiar si dan el grito,
de soldados llenad calles y plazas,
y á todo el que encontreis de esos ilusos
con sospechoso afan y ocultas armas
conducidle á morir; que su cabeza

en la picota del cadalso alzada,
de ejemplo sirva al que rasgar intente
de nuestro Rey la esplendida oriflama.
Corred, corred.—La furia que me agita
con torrentes de sangre he de aplacarla.

(Vánse los oficiales, al mismo tiempo que entra Ricardo y dos soldados que traen al caballero español.)

Ricardo. Aquí el preso teneis.
Gobernad. Despejad todos;
basto yo solo á contener su audacia.

ESCENA III.

El GOBERNADOR *y el* CABALLERO.

Caballero. Qué pretendes de mí? por qué á tu vista
donde la confusion miro pintada
me obligas á llegar?
Gobernad. Porque sospechas
me infunden tu altivez y tus palabras.
En este mismo instante, aquí en Palermo
de contrastar mi omnipotencia tratan:
tú en el secreto estás, como lo indican
tu extraña aparicion y tu arrogancia.
Ya es vano el fingimiento; sin demora
á revelarme vas la inicua trama,
el nombre de tus cómplices, el tuyo,
y de tu Rey la astucia depravada.
Piensa que estás en mí poder ahora
y que severo juez te lo demanda:
si lo descubres salvarás la vida,
si no vas á morir.
Caballero. Necia jactancia!
solo desprecio tu furor me infunde
y compasion tu inútil amenaza.
Gobernad. Inútil, vive Dios!
Caballero. Sí, que los cielos
cansados ya de tolerar tu infamia,

del pueblo encienden el airado enojo,
y el filo embotan de tu aleve espada.
De la divina cólera instrumento
á cumplir su justicia ellos me mandan:
cumplida ha de quedar aunque tu furia
con la del hondo abismo se juntara.
Ya de la expiacion llegó la hora
que la inocente víctima reclama;
de Coradino el criminal suplicio,
y de este pueblo la miseria infanda.
Tiembla, infeliz! que ya sobre tu frente
el iracundo rayo se desata,
y por mi labio el cielo te predice
la ruina y exterminio de tu patria.
Quieres saber quien soy? Oyelo y tiembla:
del pueblo aragonés soy el Monarca,
é implacable enemigo de los tuyos:
humilla tu altivez ante mis plantas.

GOBERNAD. Qué escucho!

REY. De temor á hablar no aciertas.

GOBERNAD. No, que es del gozo que me inunda el alma.
Estás en mi poder, lo has olvidado!
¡De qué vale tu estirpe soberana,
si como á un criminal en este instante
me es dado domeñar esa arrogancia?
Aquí ya no eres Rey: mira, infelice,
el temido lugar en que te hallas.
¿Dónde tu trono está? dó tus vasallos
que á socorrerte intrépidos se lanzan?
nadie.... míralo bien: solo mi acento
resuena poderoso en este alcázar.
Aquí soy mas que tú, y en este instante
sobre tu cuello descargando el hacha,
postraré de Aragon el fiero orgullo
y abatiré tu frente coronada.

REY. El cielo tu poder humillaria
si el valor de mi pecho no bastara.

GOBERNAD. Así mi furia á provocar te atreves?

REY. Inútil bravear.

GOBERNAD. (*Gritando.*) Hola, mis guardias.

(*Entran Ricardo y varios soldados.*)

ESCENA IV.

Dichos, RICARDO, *soldados y despues* BERTA.

RICARDO. (*Entrando.*)
Señor!

GOBERNAD. Llevadle....

(*Al ir á ejecutar esta órden se abre la puerta secreta á cuyo lado está el Rey, y aparece Berta con una tea encendida y una espada. Todos retroceden asombrados.*)

BERTA. Atrás!

GOBERNAD. ¡Qué es lo que miro!

BERTA. (*Al Rey.*) Sin demora partid, todos aguardan...
este acero tomad.

REY. Oh Providencia!
mio es el triunfo, pues así me amparas
San Jorge y Aragon!

(*Vase por la puerta secreta.*)

GOBERNAD. Seguidle todos:
que su cabeza en el cádalso caiga.

ESCENA V.

GOBERNADOR *y* BERTA.

BERTA. (*Acercándose al balcon.*)

Qué dices, infeliz? mira, en el cielo
ya de tu estrella el resplandor se apaga;
y el fuego va á encender que te devore
esta que arrojo vacilante llama.

(*Arroja la tea á la calle, y en el mismo momento se oye tocar á rebato y ruido confuso de armas y gritos sin que interrumpan lo mas mínimo el diálogo.*)

GOBERNAD. Esa señal....

BERTA. No escuchas? de tu vida

cercano está ya el fin.

GOBERNAD. Cómo te engañas!
prevenidos estaban mis soldados
y seguirá Palermo esclavizada.
Esa seña fatal solo ha servido
de añadir otra víctima á mi saña.
Imogene....

BERTA. Qué escucho?

GOBERNAD. En este instante,
merced á tu señal, arroja el alma.

BERTA. Cielos! qué horror! mi hija!...

GOBERNAD. (*Con sonrisa diabólica.*) Será cierto?
Tú misma completaste mi venganza.

BERTA. (*Gritando.*) No puede ser, salvadla.

GOBERNAD. Tus clamores
de nada servirán.

BERTA. (*Cayendo sin sentido.*) Desventurada!

GOBERNAD. Perezca así tambien todo el que osado
atenta á mi poder.

(*Asomándose al balcon.*)

La lid se traba...
no ceden, vive Dios!...
(*Gritando.*) Sus, mis valientes!
á vuestro lado voy... pronto mi espada.

(*Desenvainando.*

Si morir esta noche es mi destino
la muerte iré á buscar en la batalla.

(*Vase corriendo por el fondo.*)

ESCENA VI.

BERTA.

Muerta! muerta!... gran Dios!.. no, no.. es un sueño,
pero horrible, infernal... qué voz tremenda
me anunciaba su muerte?... Oh no, imposible!...
donde estoy?... esos hombres... esas teas...,

mi mano arde al tocarlas.... ay! su fuego
turba mi vista, el corazon me quema.

(*Se oye el tumulto en la calle.*)

Socorro por piedad!
(*Escuchando.*) Pero esas voces
otra vez lo repiten.... muerta! muerta!!

(*En el mayor delirio.*)

Callad! callad!... no es cierto... ya lo he dicho,
cómo pudo morir sin que yo muera?
yo he venido á salvarla....
(*Sonriéndose ferozmente.*) á esos verdugos
con qué placer arrancaré su presa.
Quiero hacer la señal.... mas porque el brillo
de esa antorcha fatal tanto me aterra!....
por qué así se desliza de mis manos?
sangre! sangre! qué horror! hay sangre en ellas!
será la suya!... Oh! sí, porque esta sangre
falta en mi corazon falta en mis venas!
Quién osó derramarla? yo!.... no; miente,
miente esa voz terrible, fué mi estrella;
la estrella que mis crímenes preside,
á todo cuanto amé siempre funesta.
No me acuses, oh Dios! por qué irritada
el rayo vengador vibra tu diestra?
Yo soy su madre.... soy.... «quien la asesina!»
Siempre! siempre esa voz que me condena
eternamente sonará en mi oido.

(*El ruido se aumenta y es mas cercano.*)

No la oís?.. no la oís?.. crece... se acerca...
á donde huir?... me llama «parricida?»
piedad, cielos, piedad!

(*Viendo entrar á Prócida.*)

Justicia eterna!
Prócida!

ESCENA VII.

BERTA *y* PRÓCIDA.

PRÓCIDA. Sí, yo soy: como ofreciste
encontré á tu señal franca la puerta;
penetro con los mios; el tirano
quiere oponer inútil resistencia;
le alcanzo, le acometo, y á mis plantas
tinta en su sangre vil muerde la tierra.
Vengada quedas ya, libre Sicilia,
Imogene tambien: ah! quiero verla,
bendecirla.....

BERTA. Qué horror!

PRÓCIDA. Darla un abrazo
y lanzarme otra vez en la pelea.
Por qué no la hallo aquí!

BERTA. No ves su sombra
entre los dos, ensangrentada, yerta....
abrázala, qué dudas? es tu hija!
y yo..... yo..... su verdugo!

PRÓCIDA. Horrible idea!
tú desdichada! Tú?

BERTA. No hay por ventura
ira en tu corazon, sangre en mis venas?
Acaba por piedad! viértela toda,
del horror de mí misma me liberta.
Yo la amaba cual tú, mas! de una madre
el entrañable amor no hay quien comprenda
en su amparo acudí gozosa el alma,
y al resplandor de la señal funesta,
con el poder que se desquicia y cae
cayó tambien rodando su cabeza!

PRÓCIDA. Muger fatal que siempre en mi camino
marcando vas tu ensangrentada huella,
por qué su vida entre tus manos puse
si el crímen solo crímenes engendra?
Crímenes, sí, bien lo comprendo ahora!
Aparta! que al mirarme en tu presencia,
yo tambien como tú sangre respiro,

y armada contra tí siento mi diestra.
Aparta!

Berta. No! que es justo mi castigo.
La muerte, sí, la muerte!

Prócida. Aparta, digo!

Berta. El cielo vengador tu mano guia.

Prócida. (*Alzando la espada.*)
El infierno mas bien!

(*Va á herirla y entra corriendo Imogene poniéndose en medio de los dos.*)

Imogene. Padre!

Berta. / **Prócida.** (*Abrazándola.*) Hija mia!

(*Pausa.*)

ESCENA ULTIMA.

PRÓCIDA, BERTA, IMOGENE, *el* REY, *el* CONDE, PALMIERO, LOREDANO *y demas conjurados.*

Prócida. Ah! quién salvarte de la muerte pudo?

Berta. Oh! sí, quiero saberlo; arrodillada
le adoraré.

Rey. Tú pueblo fué su escudo,
Dios le guió: la gente que apostada,
de la torre el asalto prevenia,
á su verdugo disputó la entrada;
y osado á nuestro enojo resistiendo
su negro crímen confesó muriendo.
Alienta, pues, ya es nuestra la jornada;
y el pueblo libre por tu esfuerzo y brio
generoso á tu dicha contribuye.

Prócida. (*Abrazando à Imogene.*)
Ah! mas que yo le dí me restituye.
Digna era su virtud de gloria tanta;

su libertad naciente agradecido
bendice un padre: su victoria es santa!

(*Con altivez al Rey.*)

Rey de Aragon! al trono soberano,
te llama un pueblo libre y tu destino,
y con su libertad pone en tu mano
la herencia de Manfredo y Coradino.
No olvides que con sangre del tirano,
para que pases tú, regó el camino;
y que nunca á los déspotas perdona
el pueblo que te ciñe otra corona.

Rey. Igual al suyo mi castigo sea.
Nunca á esclavos mandé, nací en España;
cuanto su suelo fecundiza y crea
resiste al yugo y opresion extraña:
por eso contra el árabe pelea
un siglo y otro su indomable saña,
y al par formando protectoras leyes
libres y grandes son pueblos y Reyes.

Prócida. Libre de hoy mas será nuestro destino.

Rey. Lo juro, sí: que mi palabra abona
este guante en que el triste Coradino
me legó su venganza y su corona:
á cumplirla en mi mano se previno,
y vencedor del déspota, pregona
que supe dar contra su fiero encono
al pueblo libertad, venganza al trono.

Prócida. Grande mi patria á tu valor reviva,

Rey. A eterna fama levantarla espero.

Procida. Cúmplelo así.—Viva D. Pedro!

Todos. Viva!

Prócida. Dad ya reposo al fatigado acero;
y para eterno monumento escriba,
tinto en la sangre vil del extrangero,
su horrible estrago y tu inmortal victoria,
alto blason de independencia y gloria.

FIN DEL DRAMA.

